

La transparencia

PALABRA EN EL TIEMPO

163

COLECCIÓN
DIRIGIDA POR ANTONIO VILANOVA

ANTONIO RABINAD

LA TRANSPARENCIA

EDITORIAL LUMEN

Premio Ciudad de Barbastro, 1985

Publicado por Editorial Lumen, S. A.,
Ramón Miquel y Planas, 10-08034 Barcelona.

Reservados los derechos de edición para
todos los países de lengua castellana.

Primera edición: 1986

© Antonio Rabinad, 1986

Depósito Legal: B. 12.280-1986
ISBN 84-264-1163-5

Printed in Spain

[Scan y correccion cesar](#)

*Para Lola
y Mario,*

en transparencia.

*Nadie
comprende lo que sufro yo.
Canto
pues ya no puedo sollozar
Solo,
temblando de ansiedad estoy.
Todos
me miran y se van.*

(fox)

El cuartito del terrado, antes de que instalasen el agua directa, había servido para albergar los depósitos; cuando el hijo de la portera decidió, con permiso del administrador de la finca, utilizarlo como dormitorio, el cuartito estaba convertido en el trastero de todos los vecinos.

Para el muchacho fue el comienzo de una nueva vida. Abajo, en el tenebroso agujero inmediatamente abierto tras la reja del ascensor, un semisótano al que daban acceso dos escalones de obra, se hacinaban su madre y dos hermanos pequeños, una tía por parte de padre (viuda también, con un crío), y él mismo, el hijo mayor: demasiada gente para ocho metros cuadrados de portería, incluido un patinillo lóbrego donde llovía el polvo y la inmundicia de los pisos. Ni en la cárcel se vivía así, vamos, había dicho Juana Amor, la madre. El administrador lo comprendió.

Aquel sábado, pues, nada más volver del almacén, el hijo mayor subió al terrado con

un cubo de agua, una escoba, y una botella de lejía. Lo primero fue desembarazar de cachivaches el cuartito. Aquel amontonamiento de objetos, esos trastos que no quieren darse al traperero todavía pero tampoco que sigan en casa, formaba, dentro de su heterogeneidad, un todo amazacotado y homogéneo que ilustraba el sin sentido de las cosas, el árido desbarajuste de la muerte, cuya imagen olfativa era el perceptible olor a rancio nada más abrir la puerta. Empotradas unas contra otras, alteradas sus posiciones naturales no tanto para ganar espacio como por la desidia del no ser, se veían sillas patas arriba, alfombras y persianas verticales y enrolladas, lámparas y cuadros por el suelo, y, junto al techo, un colchón mal atado dejando escapar por un boquete sus intestinos de lana podrida. Alguno de aquellos restos, inhumado por él mismo, arrastraba consigo, en el momento de sacarlo, un nombre y una fisonomía, sobre todo una localización: tercero bis, primero derecha. Pero cada nueva capa de despojos, como en las excavaciones del desierto, le hundía más y más en el pasado, en generaciones extinguidas de vecinos, y cuando, al fondo de todo, extrajo una pequeña bicicleta de esas con ruedecitas laterales para mantener el equilibrio, sin sillín, las gomas averiadas y el manillar oxidado, le fue ya imposible adivinar, entre las caras maduras y malhumoradas que poblaban la escalera, la del niño un tiempo propietario del juguete. Debía estar ahí

quizá de antes de la guerra. El timbre, que aún existía, dejó escapar un lamento afónico, cascado, al arrojarla donde todo lo demás, el confuso montón lleno de moho y telarañas que iba formando contra el muro del terrado que daba al edificio contiguo, junto a las jaulas vacías de conejos (pero impregnadas con su olor indestructible) y fechadas en tiempos de Negrín: unas construcciones de madera gris alabeada y alambres orinientos cubiertas con un fúnebre cartón enarenado sujeto con ladrillos y en cuyas concavidades persistían, con los charquitos de la última lluvia, esporas y residuos vegetales.

Ya despejado el cuarto, se adentró en su dominio. Era exiguo: si en sentido lateral de la puerta podía dar hasta tres pasos, desde el umbral apenas si podía avanzar dos. Pero era suyo, sólo suyo, y al cerrar la puerta -que afortunadamente se abría hacia fuera- y permanecer dentro unos instantes, experimentó la agradable sensación de hallarse dentro de un útero. El muchacho se desperezó profundamente en la clandestina oscuridad, aspirando la amniótica humedad de su caverna. Esquirlas de luz caían desde arriba, de los lados donde la uralita descansaba en el muro, y en la puerta, a la altura de la cabeza, apareció un triángulo de puntitos luminosos con el vértice hacia arriba. También la puerta destellaba, empujada por el viento, golpeando en el marco continuamente, y al moverse para acunarla contra el muro, un ladrillo sonó bajo su

pie. Se acercó para examinar críticamente, centímetro a centímetro, aquel cubo de paredes de ladrillo colocado de canto, sin revoque, excepto la -pared maestra, donde estuvieron los antiguos depósitos; en esa pared enjalbegada subsistían unas muescas enormes de ladrillo al rojo vivo como recién arrancado, y, siguiendo el trayecto de las tuberías, podía apreciarse la altura de los depósitos, así como su volumen por los círculos dejados sobre el piso. Al completar la vuelta, el ladrillo volvió a sonar abajo, quedamente, como una invitación, quizá un aviso. Esta vez se agachó y, con el cuidado con que se palpa una muela cariada, tanteó la pieza suelta: él la empastaría. El taparía todos los agujeros, rellenaría todas las grietas. El cuartito le pareció un ser desvalido necesitado de ayuda. Sin más, vació la botella en el pozal, hundió la escoba en el agua, y empezó a frotar con decisión techo y paredes. El agua oscureció el cuarto, hilos de telaraña se movían prendidos en la escoba, y el aire empezó a oler a lejía. Pronto vertió en el desagüe medio cubo de agua negra y, cada vez más excitado, bajó a la calle para volver a subir el cubo lleno, una bolsa de cal, otra de rápido, y la vieja paleta arrumbada en el cabuchón sobre el retrete (otro agujero donde podían encontrarse las cosas más improbables), y estarse arriba repasando y blanqueando hasta la última gota de luz. Pero la cal, que quizá estaba pasada, oscurecía más y más las paredes, que parecían

aproximarse a él en la sombra creciente mientras se afanaba sudoroso, entregado a una tarea sin sentido, hasta que, finalmente desalentado, optó por bajar al semisótano y tumbarse ceñudo en su yacija, entre el chisporroteo de la radio y el humo a sardinas de la cena.

Al día siguiente, nada más despertarse, subió. De lejos ya, de par en par abierto, el cuartito encandecía de blanco. Deslumbrado, permaneció en la entrada, mirando a medias el cubo con la escoba en el rincón, la botella vacía de El Conejo, y un secreto pensamiento nocturno que no conseguía definir. Algo flotaba en su cerebro, una vedija, una reminiscencia de sueño, cuando se internó por la blancura y bajo su pie se reprodujo un sonido familiar. Entonces creyó recordar; como un sonámbulo, se arrodilló ante el ladrillo desnivelado hurgando con la paleta paterna en las juntas hasta conseguir izar la pieza, que, como un iceberg pequeño, era mucho mayor en su parte oculta, un bloque de argamasa que se desmenuzaba por los bordes. En el suelo había quedado un hueco negro en el que sin vacilar hundió la mano para encontrar en seguida un paquete envuelto en arpillera. Y un segundo antes de tocarlo ya supo qué contenía. Dejó a un lado el pesado envoltorio, que ocultaba una franela por un extremo de la cual apareció una dura esquina negra, una culata grafilada. También una bolsita grasienta que, ensanchada, reveló en su fondo, como un nido de avispas, un puñado de bolas doradas. El muchacho no quiso ver más. Con manos como de madera lo envolvió todo de nuevo, primero la franela, luego el saco, y lo condenó bajo el ladrillo. Recogió con cuidado el polvillo de los bordes y finalmente sopló encima. Borrados así los rastros,

recobró todo su calidad de sueño. Pero él anduvo de puntillas, pensativo, por un terrado lleno del sol y el silencio del domingo, de tenues vibraciones del alambre, de aire nítido: un entorno familiar ahora increíblemente deformado por la presión de su descubrimiento. Perplejo, pero en el fondo satisfecho de poder comprobar una vez más su mala suerte, razonó que el regalo del cuartito venía condicionado por *aquello*. Era un regalo envenenado. Se hallaba como el novio que descubre, la víspera de la boda, que su prometida no es tan virgen como él había creído, y alinea esta revelación junto al qué dirán de los parientes, los gastos hechos y el deseo frustrado. Un aleteo de palomas, derramándose en el azul como un aplauso, le sacó de su abstracción. Venía de un palomar cercano, una construcción gris edificada en la azotea de enfrente. Tres palomas se posaron un momento en el pretil y le observaron con ojillos estúpidos, ribeteados de rojo. Le fascinó su cualidad aérea, que pudieran trasladarse sin problemas de un terrado a otro, mientras que aquello significaba para él un abismo insalvable. Bajó a la portería, donde aún era de noche, una triste balsa a la deriva llena de cuerpos aletargados, trasoñantes, que gruñían como encadenados a sus sueños, entre los cuales se movió con cautela para calentar leche en un cazo y desmenuzar dentro un mendrugo. Lo engulló solitario, siempre absorto, sin hallar respuesta a su pregunta. To-

das las caras previsiblemente consultables (incluida la de mosén Planas, al que además habían trasladado de parroquia, así que) resultaban ser exactamente las que menos debía consultar. Todas llevaban a calles sin salida, a barrizales; a la expulsión segura del cuartito, un paraíso apenas entrevisto. Finalmente (como tantos maridos engañados) decidió no decir nada, olvidarse, no saber, yo qué sabía, explicó a un policía imaginario.

Salió con el mismo sigilo con que entrara y pasó arriba toda la mañana tapando los resquicios rebeldes y dando una nueva capa a las paredes. Evitaba pisar el ladrillo. A la tarde, sin querer utilizar el ascensor para no provocar desde el principio la animosidad de los vecinos, subió a pulso su catre por la escalera, que bajó para de nuevo remontarla, jadeante y sudoroso, con un colchón azul a listas blancas enrollado a la espalda. El catre cupo justo en el lado angosto, ocultando el ladrillo fatídico, lo que consideró de buen augurio. En la puerta colocó un candado con dos cáncamos, y un pestillo por la parte de dentro, que abrió y cerró varias veces: funcionaba. La llavecita del candado, en el bolsillo, le dio una cálida sensación de propietario. Bajó a cenar a la portería, oscura ya como una mazmorra, y se sintió feliz al comprobar poco más tarde que en el terrado aún era de día. Una claridad blanca al parecer inagotable fluía de un oculto manadero celeste. A la izquierda, a ras de las casas, descubrió un ob-

jeto insólito, la luna, un delgado semicírculo desleído en el pálido azul, que relacionó de un modo oscuro con el descubrimiento de la mañana. De codos sobre el pretil, temblorosos los músculos de las piernas y solidificada la fatiga como una cápsula en su cuerpo, el muchacho observó el conjunto de tejados, palomares y azoteas extendido en torno suyo; edificios, cubos y paralelepípedos cortados por las líneas de las calles ascendentes y las calles transversales; fachadas cuadriculadas de ventanas y paredes ciegas de ladrillo entre cuyas aristas verticales corrían, a nivel inferior, sombras vertientes de uralita correspondientes a garajes y almacenes: un doméstico universo limitado al norte por San Pablo, al oeste por la colina del Carmelo, al sur por las cuatro torres de la Sagrada Familia (en cuyas puntas doradas persistía un fantasma de luz), y al este por el descampado de las Glorias. En su lenta mirada circular había llegado a la parte opuesta del terrado, donde el cuartito, abierto y lleno de sombra, le aguardaba, cuando, de pronto, un chispazo, quizá debido a la especial lasitud del organismo, atravesó su cerebro, y a su momentánea luz le pareció entrever algo: un estanque ovalado, unos bancos, un suelo arenoso... Fue una imagen consciente sólo unas fracciones de segundo, en los límites de su percepción, tal esa estrella fugaz, vista y no vista, en la noche de verano. Sin embargo, bastó para que él intuyera en su destello una promesa, un mensaje de mo-

mentó indescifrable. Contempló, extrañamente emocionado, con la mirada tierna y posesiva del que absuelve, el hueco nupcial al otro lado, mientras su cafa se torcía y arrugaba en una mueca inusual: sonreía. Y aquella misma noche durmió allí.

En los días siguientes, fijó una tabla de pared a pared sobre el catre y colocó encima todos sus libros, la mayoría de aventuras: sobadas novelas de Bill Barnes, Doc Savage, La Sombra o Pete Rice, el sherifí de La Quebrada del Buitre; varias de Zane Grey, Peter B. Kyne, y James Oliver Cunnood; algunos libros del colegio y unos cuadernos de un curso de radio por correspondencia que empezara el pasado año y que abandonó en seguida. A final de semana logró incluso instalar una bombilla a la cabecera de la cama empalmando el cable en el cajetín de la escalera. Para apagarla, sólo tenía que aflojar la bombilla. Tal victoria no le envaneció y la ocultó hurañamente a los de abajo.

La primera semana la pasó allí en una especie de estupor. Desembarazado de su familia, de los dos hermanitos mimados nacidos cuando la guerra y que podían torturarlo impunemente; de su tía Felisa Valero, una mujer grasienta y apática que pasaba casi completa su misérrima pensión a Juana Amor «para los gastos», atenta sólo a los seriales radiofónicos de Sautier Cacaseca que escuchaba con el crío en su regazo, siempre lloriqueante, siempre meando, acunándolo con un movimiento convulsivo de la pelvis como si ella misma se estuviera meando (y así sería porque al fin del serial se encerraba interminablemente en el retrete que, semejante a un ataúd puesto de pie, obstruía, con el lavadero, medio patinillo); y libre sobre todo del genio terrible de su

madre, capaz de verter en un instante tan violento como efímero toda la bilis acumulada en el portal, el muchacho experimentaba una vez y otra aquella extraña percepción del primer día, intercalada a un conjunto de impresiones que no tardaron en cuajar alrededor de una palabra interina: libertad. Podía hacer lo que quisiera, sin dar cuentas a nadie. Qué quisiera hacer, era otra cosa. Su libertad era algo abstracto, nebuloso, pero siempre en aumento, insaciable como aquella luna que engrosaba sin cesar noche tras noche escalando tramo a tramo la bóveda celeste, y pronto una esfera perfecta suspendida sobre su cabeza: algo enigmático y en cierto modo amenazante que, como el áspid que dormitaba bajo el catre, él prefería no investigar. De momento, como aturdido por una larga resonancia, oyendo todavía yuxtapuestos los ruidos del subsuelo -carreras, llantos, voces de locutor, imprecaciones-, se limitaba a reposar, a recordar. Recordaba largas horas de cola, un invierno, siendo niño, ante el Auxilio Social de la calle Enamorados, con la lechera de aluminio en la mano, los moretones de los sabañones en sus dedos. Recordaba el frío de la escuela, los palmetazos del maestro, las burlas de sus compañeros, para él, charnego, hijo de porteros. Recordaba los ventidós cubos de basura -cinco pisos, cuatro por rellano, más los bajos- que era preciso recoger de puerta en puerta, solicitar cada vez como un regalo, bajarlos al portal sin utilizar el as-

censor, de dos en dos o de tres en tres, según; alinearlos en la acera, ante la entrada, vaciarlos en el cenacho del basurero (un hércules andrajoso de cabello aborascado de residuos, y ojos extrañamente azules, limpios, en la faja una corneta de latón que hacía sonar a intervalos, y que vaciaba a su vez la espuerta en una de las compuertas levantadas como élitros de su férreo carruaje) para luego devolverlos piso por piso, de uno en uno. Recordaba sobre todo los cubos, su tamaño, la forma de cada uno, que eran las distintas formas de su odio: redondos o cuadrados, estriados o lisos, con tapa o sin ella; y también cada abolladura en su hojalata, cada desconchón en el esmalte. Y así pudo soñar una noche que daba un traspiés desde lo alto de un rellano y caía escaleras abajo perseguido por gigantescos cubos de basura que rebotaban contra las paredes en silencio para vaciar finalmente sobre él su contenido maléfico, sepultarle bajo una montaña de inmundicia tronchos de coliflor mondaduras de naranja espinas de sardina viscosas cascaras de huevo y nauseabundos paquetes menstruales, que al despertar en la varada negrura de su catre siguió oliendo -un olor ni siquiera agresivo, sino flaccido y dulzón, a mugre, a excrementos de pobre, a miseria, que era el olor natural de su casa. Del infierno de los cubos lo había sacado mosén Planas, el párroco, para colocarle en otro, a sus trece años mal cumplidos, como aprendiz en un mayor de espe-

cíficos de la calle del Bruch. Pequeño y solapado, mosén Planas había pasado los tres años de guerra (se decía) escondido en el hueco de un lavadero, y su cara lampiña, imaterial, sus manos fofas y como exprimidas, recordaban la colada. Un olor blanco y triste, clandestino, le rodeaba y definía; un olor en él casi litúrgico al recordar la cera derretida y que no lograba desvirtuar el caramelo de menta que afinaba sin cesar en su boca. Era el mosén quien había gestionado la pensión a tía Felisa. Luego de anunciarle la buena nueva del empleo, el mosén le había echado una mano sobre el hombro para advertirle que no hablara allí nunca de su padre. ¿Mi padre?, preguntó más sorprendido que ofendido, como si de pronto descubriera su existencia: nunca pienso en él. Era verdad. ¿Por qué habría tenido que hablar de él? ¿Y qué importancia tenía que hablase? Mosén Planas, tras una breve pausa en la que debió saltarse algún precepto, golpeó su hombro puntiagudo y enigmáticamente le aclaró que aquella era una casa «muy católica».

Dejar el colegio fue un alivio tanto como el trabajo una tortura. Pero estaba acostumbrado a perder. Trabajaba duramente todo el día en la católica casa del Ensanche (tan próxima al Ritz que dejó de interesarle el espectáculo del portero uniformado de azul claro y charreteras doradas ante la marquesina del hotel abriendo coches) descargando mercancías del camión, carretilla arriba abajo, bata negra, o alineando en los estantes innumerables baterías de cajitas envases y botellas. De vez en cuando se rompía un frasco, siempre de reconstituyente o algún tónico (las botellas de agua de Carabaña eran de una solidez indestructible) lactofosfatado y fosforado, y se lo bebían entre todos. Era un almacén destartado, inmenso, gélido, lleno de compartimentos y secciones, cada una con su olor especial a farmacia herbolario o droguería, y pavimento a distintos niveles cambiante del mosaico a la madera o al cemento, marcando las fronteras sucesivas; con interminables mostradores anaqueles y vitrinas, y galerías voladas a las que se accedía por escalerillas resonantes; con diversa geografía y climatología, zonas frías y ventosas, tal el sombrío pasillo que atravesaba el corazón del almacén como un puñal, y regiones interiores más templadas como la sección de paquetería y embalaje con sus rollos de cartón ondulado y cilindros de papel, y su olor a goma arábiga, un lugar como más inocente donde la luz caía tamizada desde claraboyas polvorientas. Poblado

por una fauna de obreros viejos y de niños (embatados éstos, aquéllos con pantalones de pana y jerseys de cuello de tortuga, tapabocas o bufandas) pero todos con aire de refugiados, de exilados a perpetuidad, moviéndose en un entorno mixto de asilo y orfelinato. Regido penitenciarmente por el señor Masdeu, un encargado con cara de querubín, boquirrosado, calva resplandeciente y estampitas en el vidrio de la mesa del santo de su devoción, san José Oriol, pero que descalzaba sus pies bajo la misma para juntarlos con los de su secretaria, sentada enfrente, Josefina, una morena otoñal que ocultaba tras una capa de albayalde su rostro ametrallado por la viruela y cuyos grandes senos, prominentes bajo la sucia bata blanca, le recordaban el anuncio de Eupartol. Con tipos marginales indescifrables (en razón a su misma repugnancia) como José, aquel peón del almacén, ventrudo, de aire innoble y rojizo pese a su cabello blanco, que contaba con satisfacción la hazaña de haber logrado masturbarse en el metro, en el andén vacío entre dos trenes. O Colás; un aprendiz giboso y patizambo, al que su cara mongólica, apergaminada y maliciosa, convertía en un gnomo sin edad. Todo bajo la advocación del Amo, don Luis Burriach, el senyor Lluís: un hombre chupado, transparente, de ojos fríos y aspecto vampírico, beato, entronizado en su despacho-santuario, para llegar al cual era preciso atravesar muchas puertas, de chapa claveteada, de vaivén, y al

final una de vidrio esmerilado, de acceso prohibido de todos modos; pero que aparecía por allí de improviso helando figuras y paisaje, tieso en su chaleco abotonado, y manos en los bolsillos; perfumado, oliendo a poder y corrupción; un perfume que le aislaba de los otros como un campo de fuerza (Flash Gordon): parecido a Ming, es cierto; irreprochable desde los zapatos negros espejeantes hasta el filo de la camisa almidonada que cercenaba su rugoso cuello de ave, y hablando con una voz tan educada (especialmente a Josefina) que parecía sarcástica, enterado de los teje-manajes sub tabula, mientras el encargado balbucía alrededor bamboleándose en los límites del campo como un gran bebé de celuloide. Tal era su mundo de trabajo, la urdimbre en que tejía su existencia. Como ratas gordas y lustrosas, avezadas al ambiente, los demás aprendices lo asediaban, y una vez más comprobó sin asombro su predisposición en generar odio a su persona. Algo había en él que no gustaba a los demás. Quizá fuera que, al hablar, no mirase los ojos de la gente sino a un punto indeterminado de su cara, la barbilla, o el lóbulo de la oreja, por ejemplo. Pero si huía la mirada ajena era porque él no deseaba ser mirado. Las miradas de los otros eran siempre insidiosas, inquietantes: hurgaban un secreto en su interior que él no quería revelar. Lo primero que hizo al disponer de algún dinero fue comprarse unas gafas de sol en los Encantes para esconder sus ojos a los

otros. Pero eso fue mucho más adelante. Con vacuos ojos de comulgante, dos bolas negras sin ninguna expresión, Masdeu, aquel gran hijo de puta, se lo quedaba mirando, sin hablar, hasta que él, de pie junto a la mesa aguardando órdenes, finalmente enrojecía ante la idea de los cuatro pies, un monstruo híbrido, medias y calcetines voluptuosamente entrelazados bajo la esterilla (lo que hubiera podido comprobar con la simple treta de dejar caer el lápiz y agacharse rápidamente a recogerlo), mientras las manos, arriba, se afanaban laboriosas, solitarias, entre albaranes y facturas y estampitas piadosas bajo el vidrio; enrojecía hasta la raíz de los cabellos considerando si los pies de Josefina no estarían también acribillados por cráteres diminutos cuya comezón fuera el motivo que le impulsara a fricarlos con los otros. Sin dejar de contemplarle, Masdeu ladeaba la cabeza como husmeando algún paquete inmundo, y le sugería bondadoso una tanda de Ejercicios Espirituales, ¿no era un recomendado de mosén Planas? ¿No había sido incluso monaguillo? Al cabo lo enviaba a recoger un específico y él salía a la calle con sensación de preso en libertad condicional. Una vez encontró por la acera una ficha de teléfono.

Era un pequeño disco de latón con una ranura por un lado y dos por el otro; lo guardó. En la primera ocasión lo introdujo en un teléfono público, marcó un número al azar y una voz al otro lado dijo dígame, normal, pero diga, ¿quién es usted?, conteste, por favor, progresivamente angustiada, aterrada ante el silencio de su interlocutor, hasta confesar con un hilo de voz: se equivoca, no fui yo. Se lo juro por mis muertos, no fui yo. Entonces él, siempre en silencio, colgó, y el aparato devolvió la ficha, sin que le fuera posible recordar a qué número había llamado. Así vivía. En su padre seguía sin pensar. Tampoco pensaba en su madre, y la veía a diario. Preso siempre en aquella red inextricable de castigos, humillaciones y deberes que, para abreviar, llamaba vida. Su ascensión al cuartito la hizo variar noventa grados.

Cada noche, al llegar al semisótano, abrumado de fatiga (volvía a pie para ahorrarse los dos reales del tranvía, de no viajar arracimado en el estribo, listo para saltar en marcha a la primera intimación del revisor), era para cenar aprisa e irse arriba. Allí abría la novela de la biblioteca circulante a la que estaba suscrito -una peseta a la semana, sin tope de lectura- y devoraba página tras página pensando ya en la siguiente novela a elegir, invariablemente de aventuras o de crímenes.

Leía sin temor al exasperado grito de su madre: ¡esa luz!, impartido desde la ciénaga

del sueño y repentino como un rayo, que murmuraba acto seguido *hay que dejar descansar al contador* como si se tratase de un ser vivo, y levantaba la palanca dejando el semisótano en negruras; leía hasta que las líneas, bailoteando ante sus ojos, le impedían la lectura. Entonces cerraba los ojos y rehacía la trama en su memoria, jugando a burlar a Sexton Blake, a Mr. Reeder y al doctor Thorn-dyke. ¡Ah, él no se dejaría coger tan fácilmente! El..., y sin terminar su pensamiento se dormía.

Cada mañana, al agrio son del despertador (otra presa arrebatada a los de abajo) lo devolvía al mundo, a la vida. Se contemplaba, como para cerciorarse de ello, en el espejito colgado tras la puerta: veía una cara ovalada, unos ojos pequeños y achinados, un cabello negro y lacio. La barba no acababa de salirle pero tenía la cara granujienta. Y a veces, antes de despertarse, lo sabía; no era necesario que palpase la mancha acartonada amarillenta en sus calzoncillos: había ocurrido *aquello*. Esquivando su mirada insegura, desvariadora de sueños nocturnos, examinaba con atención los granos: en cada grano se escondía un pelo, una puntita de pus. Se pinzaba uno con los dedos y un chorrillo como un gusano blanco explotaba en el borde, seguido de una gota de sangre que convertía el grano en un cráter. Desistía. Se vestía aletargado, sin lavarse. El ascensor depositaba en la portería un ser de cara embotada y aire ausente, inerte

ante las inmediatas recriminaciones de su madre, soportadas como un mal necesario, el runrún maligno de la vida. Viniendo del aire libre del terrado, y como el extranjero que se ha vuelto diferente sin saberlo del resto de la familia, al pronto casi le ahogaba aquel ambiente irrespirable, casi sólido, donde los niños dormían aún y su tía Felisa Valero, flotando en su fétida blandura como dentro de una nube algodonosa, cambiaba el pañal meado al crío en la mesa donde él desayunaba.

Esperaba con ansiedad los sábados. Libre hasta la mañana del lunes (que aparecía lejísimo tras el largo valladar del domingo) se instalaba con un libro en un rincón del terrado equidistante del cuartito y la fachada. Antes de sentarse en el suelo se inclinaba sobre la vertical del muro contemplando la hondura vertiginosa del patinillo y la sucesión gradualmente empequeñecida de los lavaderos, azules recuadros de agua jabonosa cada vez más sombríos, hasta el receptáculo final lleno de oscuridad triste, siniestra, donde quedaban los suyos, ¿los suyos?, el patio anclado junto al muro divisorio de la fábrica de hielo con entrada en la otra calle, y sobre cuyo cobertizo de uralita se estrellara años atrás el suicida del tercero. Por ese tubo, y como pertenecientes a otro mundo, ascendían a él cien ruidos sordidos: el golpear de las palas, el pesado escurrir de la ropa, la charla insustancial de las vecinas, siempre invisibles, de ventana

a ventana, y el vaciarse de los excusados, el agua precipitándose a pausas por las cañerías. De vez en cuando, ya entregado al libro, se apartaba de su foco de atención para, un dedo en las hojas como punto, dar unos pasos con las piernas envaradas o acercarse al desagüe a orinar, Había sido en un momento así, arrimado al muro, al final de su primera semana en las alturas, mientras el líquido gorgoteaba en el conducto y oscurecía la reja herrumbrosa, cuando, al levantar los ojos, llenos aún de fantasmagorías de lectura, vio la forma de su libertad, completa y pura, aquella redonda luna de oro subiendo por encima de las casas, inmediatamente encima, próxima, formando parte del mundo, de él, de todos, y tuvo el claro pensamiento infantil de que, subido al techo del cuartito, podría alcanzarla con las manos. Sabía que la luna era mujer, y por lo tanto, contradictoria y engañosa; si forma alternativamente con su cuerpo una C o una D para indicar *crezco* o *decrezco* es para hacer exactamente lo contrario. Sin embargo, conocida la clave, su falsedad resultaba transparente. Aquella idea de la luna femenina lo había excitado mientras maquinalmente agitaba su miembro antes de clausurarlo en el pantalón. Desde el muro donde estaba fijó una mirada experta en la arista superior del cuartito, buscando el mejor punto de acceso; sonriendo a medias a su idea y a la seguridad de que, de subir alguna vez allí, no sería para coger la luna. Tal pensaba.

A medida del tiempo transcurrido, se sentía más y más el dueño de aquel reino de ladrillo erizado de postes y antenas, entrecruzado de alambres, poblado de vuelos de palomas y con gatos fluyendo por las cornisas; del eléctrico zig zag -visto y no visto- de una sargantana desapareciendo en una grieta, o acaso de alguna avispa traída y llevada por el viento y flotando en su corriente como una boya diminuta. Un reino aéreo cuyo ondulado territorio, a ras de suelo, era como un oleaje que moría en los límites exactos de los opuestos pretils del terrado. Sin embargo, era un reino compartido; otras presencias, de momento invisibles, lo invadían a deshoras; de regreso a veces encontraba unas sábanas tendidas, alguna pinza, una horquilla en el suelo. Y su inquietud ante esas evidencias (que le recordaban quienes eran los antiguos y verdaderos ocupantes) era la de Robinson al descubrir la huella de un pie humano en la arena de su isla desierta.

Un sábado -los días empezaban a ser largos-, sentado en su sitio de costumbre con el libro en el regazo, advirtió una gran tela de araña colgada en una esquina del muro como un trapo. Seguramente debía llevar rato mirándola, sin verla, abstraído en la lectura. Algo había llamado de repente su atención, un puntito negro aprisionado en el centro de aquella mucosa gris y palpitante. Lo que veía, al borde mismo de la sombra que sesgaba la pared, era el inútil debatirse de un mosquito.

De pronto, no supo de dónde, había aparecido la araña. Debió salir de un agujero pequeñísimo que másjarde localizó en la pared. Fuera, la araña se desplegó como un paraguas que se abre, se hizo enorme. La vibración de la tela le había indicado la presencia de la víctima y avanzó directamente hacia ella. Fascinado, interrumpiendo la lectura, él se inclinó hacia delante.

Consciente del peligro cada vez más cercano, el mosquito empezó a aletear, agitando con todas sus fuerzas. Todo el delicado andamiaje de hilos y ataduras temblaba con el frenético aleteo y bajo el peso de la araña, ya muy próxima, de la que pudo observar sus grandes ojos facetados. Se preguntó cómo vería el mosquito aquellos ojos. La araña parecía una avellana deslizándose sobre sus ocho largas patas irradiantes de color pardo oscuro con anillos de oro viejo, y su vientre listado a franjas negras blancas y amarillas. Llegó hasta el mosquito e, instantáneamente, lo engullió. El intentó imaginarse al mosquito dentro de la araña, que se había quedado inmóvil y como pensativa, hamacada en la estructura, que aún vibraba tenuemente. Esa araña, se dijo, sonriendo: ahora que conozco el cado ya le jugaré alguna chanada. Voy a ocuparme de ti para matarte, prometió. Y pensó aún, burlón: ¡Cuánto honor, para la araña! Poco debe imaginarse que está ocupando un pensamiento humano. Pero inmediatamente su atención se diluyó, y volvió al libro, olvidado de la araña.

Acostumbrado a estos seres menores, partículas vivientes del paisaje que acentuaban aún más su soledad, la tarde que, inesperadamente, una vecina irrumpió llenando el hueco de la puertecita del terrado con su delantal a franjas verdes y amarillas y un bolsillo monstruoso repleto de pinzas sobre el vientre, una pesada canasta al costado y un pañuelo de yerbas en la cabeza, la visión le llenó de un terror proporcional a su tamaño. Resultaba demasiado corpórea, demasiado forrada, listada, y (sobre todo vista desde el suelo) tan gigantesca en proporción a su universo reducido, que él, como ciertas especies animales que buscan en la invisibilidad su salvación, se incrustó en el ángulo del muro donde viera desaparecer aquella araña. Y cuando la vecina, luego de pasar ante él bamboleándose, tremolantes los picos del pañuelo como antenas, se instaló ante el tendedero con una pinza de madera en la boca, el muchacho, a la primera vibración del alambre anunciadora de peligro, se arrastró con su libro hacia el cubículo de la claraboya para ya, una vez allí, bajar desgánadamente al patio y encontrarse en una calle absurda, con un libro en la mano y la impresión de caminar en calzoncillos. Ni se le ocurrió refugiarse en el cuartito, punto neurálgico desde el primer día de constantes peleas con su madre, que, furiosa, le informaba de indirectas y preguntas veladas de inquilinos, germen ya de futuras quejas y protestas. Porque en principio, ¿o no?, sólo se

había tratado de dormir. Pero él había ido trasladando poco a poco su vida a las alturas convirtiéndose en una especie de ermitaño que únicamente dejaba su celda para comer, o para ir al trabajo. ¿Creía él que nadie se daba cuenta? Paradójicamente, Juana Amor (o quizá estableciendo de ese modo, con su compleja psicología de portera, una coartada) ventilaba todo eso en el portal a voz en grito, secos golpes de escoba contra el suelo o de sacudidor en los buzones, y a las horas de entrada y salida: madre e hijo un islote tormentoso continuamente orillado por vecinos cuya cara, como la de ellos mismos, era una mezcla residual de asco y de hambre.

Déjala roñar (le aconsejaba con voz falsa Felisa Valero, que debía saberlo por la radio): es Escorpio, y necesita escupir su veneno.

Un sábado al mes le tocaba turno por la tarde para limpiar las letrinas con una escoba y una botella de lejía, o barrer con serraduras mojadas, en compañía de otros dos aprendices, el almacén de arriba abajo. La rabia entonces sacudía en su interior un confuso entramado de reivindicaciones sociales y, pese a mosén Planas, hubiera gritado: ¡Hijos de todas las porteras del mundo, uníos! ¿Para eso le habían puesto a trabajar? De nuevo los veintidós cubos de basura cayendo uno tras otro encima suyo, apestándolo sepultándolo asfixiándolo. De nuevo la imagen mental de él bajo una montaña de detritus y sacando apenas la cabeza, también cubierta de inmundicia, tal la del basurero- de los ojos celestes. ¿Por qué debía ser él quien desatascara las letrinas? Los ojos le hervían de coraje y de la acritud del sulfumán. Más adelante, fue ascendido a la letrina privada del Amo, bajo la supervisión del encargado, que le señalaba con un dedo enfurecido y ojos llenos de sagrado horror alguna mota de excremento rebelde en la resplandeciente loza, una partícula de caquita marrón que él terminaba por rascar con la uña. Fue en la letrina donde encontró un día, justo detrás de la taza, un papelito doblado con un número bajo cuatro letras: LOLA. Ese sábado, al salir, se detuvo en un teléfono y marcó el número. Al fondo del bar desde donde llamaba, unos jugadores de billar entrechocaban con furia las bolas en torno a la iluminada mesa verde. Aguzó el oído para

percibir la voz de Lola entre los disparos de los tacos, pero fue una voz masculina, autoritaria, la que, tras un seco diga, interrogó ¿con quién hablo?, para soltar, apenas transcurridos unos segundos, un cabrón vete a la mierda, y colgar acto seguido. Colgó él también y recuperó la ficha. Salió sin ver a nadie, con las piernas temblorosas, porque en la voz, en el último momento, había reconocido la del senyor Lluís, ¡el Amo! Tal era su costumbre de obedecer que estuvo a punto de responder sí señor tras el insulto. Pero el estupor, no ante la orden sino por la grosería de la misma, lo hizo enmudecer. No había hablado. ¿Qué hubiera pasado de haberlo hecho? ¿Lo habría identificado? Imposible. Además, *no* había hablado. Con todo, la descarga nerviosa provocada por la voz en su organismo fue tan intensa, tan lúcida, que debió propagarse por el hilo, configurar su imagen al otro lado. De algún modo, el senyor Lluís *sabía*. Un sudor frío inundó su frente y, con dedos viscosos, hizo girar la ficha en su bolsillo. Se sintió perdido. Pero una especie de terquedad genética le hizo repetir a diario la llamada, cada vez más acobardado y tembloroso, cambiando en cada ocasión de bar, y también con el goce anticipado de una satisfacción vindicativa, el sentimiento de estar realizando un delito necesario. A veces, el teléfono sonaba y sonaba en el vacío derramándose a dulces e imperiosos latigazos al fondo de alguna alcoba oscura, como el semen de

un adolescente visitado por los súcubos, ¿estarían ellos amodorrados después de?, o mejor ella, la inaudible Lola, sola en el piso, no lo descolgaba por prudencia o por tener órdenes estrictas; pero siempre, de ser descolgado, era para oír la voz de su Amo vomitar inmediatamente encima suyo su tanda de insultos, como si ya supiese que era él, o no pudiera ser otro: ¿por qué no das la cara?, le decía, ya estás controlado, hijo de puta, te llevaré al paredón, rojo de mierda, insultos que él sentía resbalar sobre su cara como las basuras de su sueño. Porque con una frase recurrente que demostraba la clarividencia del Destino, el Amo lo enviaba al punto exacto de donde partiera todo, la letrina. La mierda era su última palabra, el lacre con que sellaba su exabrupto. ¡Vaya modales!, se decía él, misteriosamente alborozado. Ni en sus peores momentos Juana Amor hablaba así. De encontrárselo en el almacén, limpio, odorífero, impecable la raya del pantalón, y ceñido por el corsé chaleco al igual que una momia recién fajada (o mejor un ánfora sagrada, pues, metidas las puntas de las manos en los bolsillos, doblaba un codo a cada lado en forma de asa), él humillaba en el acto la cabeza empujando la carretilla a ciegas, temeroso que de sus miradas, al cruzarse, saltara la comprensión; maravillado sin cesar de que este hombre de palabras tenues y corteses fuese el mismo energúmeno brutal que lo avasallara por teléfono. Y un sábado de limpieza de le-

trina un demencial valor le impulsó, en la soledad de la oficina, a penetrar en el despacho del Amo y a descolgar su propio teléfono para llamarlo desde allí, -a casa de Lola, vigilando la puerta al mismo tiempo: pero al acercar el auricular a su oído y disponerse a llamar, antes siquiera de marcar un solo número, un efluvio, un resto de perfume persistente en la negra baquelita, le quitó fuerzas, lo indispuso de golpe y, sin apenas atinar a colocarlo de nuevo en su sitio, salió y vomitó en el tabernáculo del water y luego limpió sus vómitos. Tal hacía, y luego le esquivaba en el almacén. Pero si por su parte el senyor Lluís, con la ceguera propia de los dioses, ni siquiera lo veía y era posible que ni conociese su existencia, el intento del muchacho por no verlo -neutralizado por la fatal inercia que nos hace caer en el abismo del que pretendemos escapar- le hizo una vez convergir su acelerada trayectoria con la del Amo y estuvo en un tris de atropellarlo, lo que logró evitar a duras penas volcando parte de la mercancía por el suelo. Y, caso insólito, el senyor Lluís, indemne, muy próximo a su canilla el aguzado borde del vehículo, resplandeciente como una guillotina por el uso, sacó históricamente sus manitas del bolsillo y le ayudó, o al menos hizo ademán de ayudarlo. Pero al instante el jánico Masdeu, con un lado de su cara reverente y boquiabierto ante la bondad del Amo, le arrebató el paquete mientras volvía el lado tormentoso y nada bueno presagiable hacia el

muchacho. Entonces, oh maravilla, tras calmarlos con un gesto ambivalente, el Amo le preguntó: ¿cómo te llamas? Y agregó como Yahvé: no temas. Y enterado todo el recinto del suceso las burlas llovieron sobre él. Pero él replegaba su rostro inexpresivo, itinerante, carretilla arriba abajo, sin oír consejos y opiniones sobre la conveniencia de ponerle frenos a aquel trasto (al que contemplaban admirados como por primera vez) o al menos, moc moc, una bocina, hasta que alguien, el de la paja en el metro, aquel José, le guiñó un ojo: ¿de modo que querías matar al amo? Así fue como la idea de matarlo le vino por boca de otros y la encontró inmediatamente natural, extrañado de que a él mismo no se le hubiera ocurrido.

Sí; matar al Amo. ¿Por qué no? Como dos líneas paralelas que se juntan en el horizonte, así deseo y posibilidad de realizarlo confluyeron en su mente. Acababa de acceder al cuartito y de encontrar la pistola. ¿En qué podía utilizar la pistola, sino en eso? Con su instinto de aprovecharlo todo, cualquier clavo, cualquier cordel que encontrase en la calle, al encontrarle finalidad a la pistola ésta dejó de preocuparle, de destilar venenos bajo el catre. Cada objeto tiene su destino, y el de la pistola era éste. ¿Qué otra cosa podía hacer ya, una vez dicho su nombre y establecido así una conexión? De un momento a otro la revelación estallaría en el cerebro del Amo, y él sería aniquilado. Estuvo todo el día resolviendo esta ecuación, $\text{Amo} + \text{pistola} = \text{muerte}$, carretilla arriba abajo, abajo arriba, y, al salir (como el onanista incapaz de contenerse, bien seguro que al final de su vicio le aguarda la decrepitud y la locura), llamó desde el primer bar con dedos torpes al número candente en su memoria, el corazón obturándole el cuello, para, tras recoger una rociada de blasfemias y amenazas en las que por primera vez percibió una nota histérica, ser el primero en colgar, tranquilizado. Ya en el cuartito, a pestillo corrido, apartó el catre y levantó el ladrillo. Viscosa como un reptil, allí estaba la pistola, un arma oblonga cuyo peso le sedujo y con la que disparó en varias direcciones bang bang bang evitando tocar el gatillo. Ya no volvió a colocarla en su escondite. Largo

rato la observó en su regazo, negra, maciza, como un sexo superpuesto, meditando desde qué abismo le llegaba y de quién fuese el legado. Finalmente la ocultó en el estante, a la cabecera de la cama, tras su colección Hombres Audaces. Y como si se hubiera cumplido un plazo en sueños interrumpió desde ese día sus llamadas.

A intervalos por ella misma establecidos, aquella percepción del primer día en el terrado cruzaba como un meteoro misterioso su cerebro. Volvía a ver el estanque, los bancos, y detrás un cobertizo ocre en forma de semicírculo flanqueado por dos gruesos y rugosos árboles. Y veía plantas, grandes hojas sobre el agua, hacía sol, y él era muy pequeño y muy feliz. Porque él había estado allí, sí, pero ¿cuándo? Y, de existir, ¿dónde estaba aquel lugar? Como una foto demasiado quemada que agrupa islotes negros en un trozo de blancura, la imagen, o más bien la sensación, no permitía ser identificada. Su angustia -y su ardiente esperanza- era comparable a la del personaje de Julio Verne perdido en las profundidades de la Tierra, que, sin embargo, por un milagro de eco, oye las voces de personas queridas llegándole desde capas superiores. Sí, allí están, pero ¿cómo unirse a ellas? ¿Cómo llegar hasta el invernadero? (Ya le llamaba así, el invernadero.) Era una especie de juego de la oca al que, desalentado, renunciaba de antemano.

Ahora, alertado por su madre, no dejaba

de observar a los vecinos sin un matiz de inquietud, al cederles el paso en la escalera o abrirles el ascensor. A la pesadilla de los cubos había añadido la pesadilla de una cara múltiple y parlante aglutinada en una mueca execratoria, compuesta por las dos docenas de nombres y apellidos inscritos con distintas letras y tamaños (pero todos prepotentes) en los buzones del portal. En realidad eran los buzones los que hablaban agitando amenazadoramente cartas multas propaganda facturas y últimos avisos a medio meter en sus ranuras atestadas para increparle y vejarse por el hecho de no tener nombre, de ser sólo referencialmente conocido como el-hijo-de-la-portera. Al despertar con la pared desmoronándosele encima (pero era sólo el despertador sonando) tuvo la verdadera comprensión del motivo que lo impulsara a seguir aquel curso Maymó por correspondencia: era el gran sobre color ocre que llegaba puntualmente cada sábado, y que, demasiado grande para ser introducido en el buzón de portería, era depositado en el canto superior con su nombre legiblemente impreso encima.

Sí -(meditaba ligando sueños y razones, odios y temores), esa carencia de nombre ante los otros le convertía en un ser inexistente, una especie de bastardo. Algunas noches, demasiado cansado, demasiado furioso él también, para engullir la bazofia retirada en el fogón, pasaba de largo y, sin tomar el ascensor -su madre era capaz de descubrirle por el

modo de abrir la portezuela-, subía directamente a su refugio. Allí, de espaldas contra la pared recalentada del cuartito (que, recogiendo todo el sol de la tarde, hacía del interior un baño ruso), devoraba con huraño deleite sus provisiones, casi siempre higos secos y avellanas, con el pan que había comprado de camino, trasegando como un licor amargo su resentimiento, su impotencia; su debilidad, su confusión: en suma, su no existir. Madurando, tumbado en el camastro, el crimen perfecto, donde Nadie era el asesino. Soñando ya no con matar al Amo, sino a Todos, en un exterminio colectivo (¿el gas, el agua?) que dejara una noche la casa entera a la deriva como esos barcos tripulados por cadáveres que los marinos dicen haber encontrado en pleno océano (Aventuras de A. Gordon Pym). Y palpaba la pistola, perfectamente engrasada tras los libros, comprobando su dureza bajo el paño como el que palpa el espinazo de un gato. Luego aflojaba la bombilla y se dormía, y era como si se hundiese en consecutivas capas de odio, como si cayera en un pozo de agua negra.

Despacio, como una filtración, había empezado a pensar en su padre.

Su padre, Tomás Valero, había sido un hombre insignificante. Era en razón a su misma vacuidad que lo encontraba ahora indescifrable. Lo recordaba a fragmentos, como un rompecabezas del que faltasen casi todas las piezas. Su recuerdo más arcaico lo situaba en el patinillo (mucho más vasto y claro en esa imagen infantil), sentado en una sillita baja, con su bandurria, entonando en falsete jotas de su tierra. Otra imagen persistente era la de su padre con la barbilla enjabonada, pasando la navaja por el suavizador. Y poco más. Recordaba extrañamente, sí, el olor de su ropa de trabajo, un buen olor como a miga de pan. El resto eran lagunas tenebrosas mal rellenadas con frases de aluvión de Juana Amor o Felisa Valero, tangenciales referencias a hechos que casi nunca coincidían, como si la suma suceso + recuerdo fuera siempre distinta en cada persona. Sin embargo, su padre debió ser un hombre alegre, tranquilo, sin prisa para nada, como si de su limitada área vital dimanara una fuente de satisfacción inextinguible. En realidad (pensaba ahora) quizá su padre nunca había dejado en algún modo de estar en el campo y continuado viendo alrededor, en lugar de cemento y ladrillo, árboles y pájaros. Emigrado de un pueblo de Aragón a su América natural, Barcelona; trocado sin esfuerzo aparente de campesino a peón de albañil; y casado con emigrante auténtica, una sirvienta gallega ascendida como regalo de bodas del señor a

portera de una de sus fincas. Eso era todo. O casi: obra de su padre había sido (y de su paisano Trasovares, que luego sería su cuñado) los dos escalones de pórtico a la entrada de la portería sustituyendo los primitivos peldaños de madera. Y ahora recordaba a su tío político en una de las raras visitas hechas a la viuda, a Juana Amor, con un codo apoyado en la mesa y sin responder a la pregunta de su madre (que tampoco esperaba respuesta), mirando sin ver hacia la entrada. Y comprendía, con esa lucidez que se produce cuando las piezas empiezan a casar, que lo que estaba viendo en realidad su tío en aquel modesto monumento de ripio era a su padre, era a Tomás Valero. Y retrocediendo todavía en el tiempo, recordaba a su madre, embarazada ya de los pequeños, sentada ante aquella misma mesa (cubierta con el mismo hule) y enterada ya de la desgracia, pero más perpleja que asustada, formulándose por vez primera la pregunta que luego oiría tantas veces, y que marcaba esa pausa de calma producida en el ojo de la tormenta: pero ¿quién le mandaba subirse al camión?

En julio del 36, su padre, camino de la obra, había subido a un camión que partía para el frente, vivido una hora de gloria en su pueblo visitando a todos sus amigos y parientes, y muerto la tarde de aquel día, dos pueblos más abajo, en una oscura escaramuza. Era lo trivial del incidente (aquel ¿subo o no subo? optativo, en apariencia intrascendente,

y al fin subiendo al camión tal como estaba, en mangas de camisa, quizá sólo para saludar algún amigo), lo que le permitía descubrir el trasfondo misterioso de las cosas. Porque, de haber ido por otra calle, esa mañana... Como en un truco cinematográfico, veía el plano intercambiable de su padre tan pronto arriba como abajo del camión, para al fin prevalecer el superior, aquel en que aparecía saludando puño en alto mientras el camión lo conducía velozmente hacia los campos de su niñez y de su muerte. Esa aceleración de su destino en la recta final había bastado no sólo para amargar la vida de su madre sino para calificarle a él de hijo-de-rojo, lo que, sumado a hijo-de-portera, daba claramente hijo-de-puta. Sí, ¿quién le mandaba subirse al camión?, pudo preguntarse también él en el proceso de recuperación de la memoria.

Así era a veces el coger la pistola como para sentirse acompañado, protegido, en el aislamiento corrosivo del cuartito, el engrasarla, cargarla y descargarla una vez más, el apuntar contra un enemigo imaginario y apretar el gatillo sobre la recámara vacía. Así el intentar descifrar aquella imagen casi subliminal de su conciencia, situarla en el tiempo y el espacio, el derivar insensiblemente a otras imágenes. Y terminar al fin laxo, embotado, la dulzura del cuerpo independiente de la inquietud que devastaba su alma, con la ropa revuelta, un París-Hollywood abierto, una música desvanecida en su memoria, y un pa-

ñuelo húmedo y nauseabundo bajo la almohada. En demostración de hombría utilizaba los trastos de afeitar de su padre afeitándose los escasos pelos que habían apuntado aquí y allá. Aunque pasaba repetidamente la navaja por el suavizador tal como viera hacer a su padre de pequeño se cortaba siempre en varios sitios o se reventaba los granos con la hoja. Para evitar que chorrasen continuamente aplicaba sobre ellos papeletos de fumar marca Bambú (otra reliquia paterna), y, en esa facha, llena la cara de pa-

eccehomo en el terrado, con la seguridad de que nadie iba a verle (tal creía) se sentaba en el suelo

a leer.

No siempre eran novelas de detectives lo que traía a su reino; a veces eran libros de otra especie, de procedencia dudosa, en los que el texto era lo de menos. Lo que él miraba con la respiración contenida eran las fotos, los dibujos. Esos libros de lectura urgente, a devolver sin falta al día siguiente para pasarlos a otro neófito, le producían una noche de fiebre semejante a la que tiempo atrás le procurara la revista francesa con sus maravillosas mujeres desnudas que él había escondido bajo el colchón. Todavía, los sábados de limpieza de letrina, se consolaba y excitaba pensando en la grey de mujeres mudas y sumisas que aguardaban su regreso al cuartito, dispuestas a servirle. Les había puesto nombre a todas y cada una representaba una evasión. Pero las bellezas iban envejeciendo en las infinitas dobleces de papel, su encanto se marchitaba como el de las esposas demasiado conocidas y él ansiaba otro tipo de belleza, más intensa, y sobre todo más real y viva.

En compañía de uno del trabajo más osado, el tal Colas, como de un lémur a la vez sabio y perverso, había ya frecuentado los prostíbulos de la calle Robador y de las Tapias, pero siempre con resultados desagradables. Le latía el corazón de miedo sólo a la idea de que una de las mujeres esparcidas por la sala o situadas al otro lado de la barra, todas vestidas de modo extravagante (mallas circenses, blusas de lentejuelas, incluso una en traje de novia -¿o era de comunión?- con su

coronita de azahar), pufera acercarse a él, hablarle, o siquiera mirarle. Seguía siendo el hombre del terrado, el hombre de los cubos de basura y de los papelitos pegajosos por la cara. Y como por su escasa barba y compleción, pese haber cumplido ya los dieciocho, parecía de menor edad, individuos de catadura pésima y aire depravado y ceniciento solicitaban sus papeles a la entrada. Era humillante. Luego, en el almacén -el otro no dejaba de chivarse-, llovían las bromas sobre eso. Odiaba aquellas mujeres tanto como las temía. No le atraía ese placer pagado como se paga una consumición en el bar. ¿Qué era el placer, en definitiva? Su compañero tenía ideas muy concretas sobre eso. El, no intuía, sin racionalizarlo, que realizar un coito sin amor era practicar un acto onánico, y que aquel cuerpo sometido a su capricho [revio pago no era más que una prolongación triste del suyo. La primera y única vez que lo hizo fue espantoso: se sintió un niño irremediablemente, avergonzado de quitarse la ropa, como cuando lo reconocieron para inscribirlo en las colonias escolares. También entonces tuvo que desnudarse en el helado dispensario, entre otros niños, para aguardar ropa en mano, tiritante, a que el médico le auscultara espalda y pecho; luego, la quemadura de la lanceta en su antebrazo, al inyectarle; y una vez fuera, el correr con los demás a la fuente más próxima para lavarse la vacuna... La mujer se había desnudado en un segundo y le aguardaba,

sentada en la cama. Era una mujer sin rostro, sin mirada, ni más ropa que los sostenes puestos. Cuando él le rogó tímidamente (pero con la firmeza del que está en su derecho) que se quitara los sostenes, la mujer, en silencio, sin desabrochar la prenda, se la remontó hasta el cuello. Y aparecieron unas mamas flaccidas, pequeñas, no mucho mayores que las suyas; unas sebosas excrecencias donde, en la tristeza de la aréola, brotaban unos pezones purulentos, corroídos, como rosigados por las ratas. La visión de aquellos pechos suscitó en él algo tan ominoso que, con la misma firmeza-timidez, le rogó que volviera a ocultarlos. Entonces la mujer, con un bufido, se tumbó sin más sobre la cama, mostrando entre sus piernas esparrancadas el humeante sumidero de su coño. Pero él no supo extraer placer alguno de aquella materialidad grasienta que olía a polvos de arroz en mal estado, a pachulí, a sudor, y al efluvio indefinible de esa tapia nocturna a la que nos acercamos a orinar. Quizá fueran los sostenes rosa ribeteados de sucio que seguían arrollados al cuello. Tras un vano agitarse encima de ella preguntó: ¿y eso es todo? La mujer creyó otra cosa. Sin mirarle siquiera, le insultó: por primera vez abrió la boca para lanzar una sola palabra, una palabra corriente, dicha en voz baja cargada de desprecio. Remetiéndose aprisa la ropa, a él le hería aquella habitación baja de techo y envigada, de aire entre obrero y pueblerino envilecido, que deseaba abando-

nar cuanto antes; le dolía aquella mujer de pezones andrajosos ahora acucillada en el bidé; y le dolían las quince pesetas malgastadas con la conciencia de haber sido estafado. Pero le dolía sobre todo la palabra, tan ofensiva como injusta (¡él, que aguantaba sin pestañear toda la descarga excrementicia patronal!), le dolía hasta el punto de ponerle al rojo vivo las orejas mientras forzaba con furia el contrafuerte de un zapato, al darle clara medida de la indiferencia de la tía, para la cual él no era más que un número en una chapa de hojalata.

No; no le atraía esa clase de placer. El hubiera querido sorprender la belleza, el encanto indecible del mundo, de una manera furtiva y solitaria, y disfrutarla en toda su frescura, en toda su espontánea plenitud. Sin tener que desnudarse plan colonias ni que le insultasen. Y una noche (la carpa del verano instalada con todas sus luminarias en el cielo) ese placer soñado (donde el ojo redondo de la luna parecía ese círculo en el techo de la lona guiando a los trapezistas) que no sabía con exactitud qué era (Mandrake en el circo) se le reveló súbitamente.

Aquella noche anduvo por el terrado esquivando fantasmas de ropa tendida, levantando alambres y cordeles a su paso; inquieto, retrasando el momento de encerrarse en su cuartito y estirarse entre las sábanas, enseguida inundadas de sudor. Más adelante recordaría su renuencia a acostarse como una premonición; como si el aura del acontecimiento que iba inmediatamente a producirse hubiera sido captada por una antena sensible del cuerpo. Luna llena. En el espacio negro en torno suyo ventanas y balcones taladraban sus violentos cuadros amarillos. De algún punto, potente, ascendía música de radio. Todo estaba encendido y agujereado, la oscuridad hendida de arriba abajo por explosiones de lámparas y estrellas. Se adivinaba, en la sombra de los balcones, una susurrante humanidad en pijama o en mangas de camisa; tranquila, la luciérnaga de un cigarrillo se avivaba aquí y allá, descubriendo un instante una sección de rostro, una mano, un respaldo de mimbre, para volver a quedar todo cubierto bajo la onda negra. Pero él los sabía allí, invisibles, alentando en la fachada, recogiendo en sus cuerpos aflojados el menor soplo de brisa; los oía despedirse de balcón a balcón, antes de retirarse al horno encendido de la alcoba: mañana será otro día. Y bastaba abrir y cerrar un interruptor en cualquier habitación para que se estableciese un nivel ignorado, un paralelogramo de luz como suspendido en el espacio y devuelto en seguida a la placenta de

la noche; para que lo entrevisto en ese lapso, breve como un relámpago -una niña bebiendo un vaso de leche en la cocina, una mujer doblando apaciblemente el embozo de la cama-, cobrara inmediatamente un relieve casi mágico, sensual. Pues cada acto humano así observado desde fuera es, antes que otra cosa, un acto erótico. Se acercó al hondón del patinillo, donde la radio desgranaba ahora las últimas noticias, y se acodó en el pretil, indeciso, aguardando no sabía qué, inmerso en aquel universo palpitante, lleno cada vez más sin embargo de oquedades en sombra y parcelas clausuradas. Abajo, la niquelada voz del locutor se interrumpió, y en el silencio de muerte del barrio empezaron a llover como ceniza las notas del Himno Nacional. Infinitamente melancólicos, los compases finales se extinguieron sobre la cordillera de uralita sumergida en la negrura, y él se incorporó, de pronto. ¿Qué estaba haciendo aquí, en un mundo ciego? ¿Qué esperaba? La claridad lunar caía ahora sobre una ciudad sin vida, la corteza de un planeta muerto, chocando contra las fachadas de granito, las ventanas negras como fosas, derramándose sobre rostros yacentes, esculpidos en mármol, sepulcrales. Avanzó por el terrado en cuyo suelo se dibujaba un tendedero fantasmal que, al pasar él, se refractó contra sus manos y su cara. Las esquinas del cuartito aparecían duramente recortadas y tuvo entonces la idea (que inmediatamente despertó un eco en él) de dormir

afuera, sobre el techo, contemplando el borroso fluir de las estrellas hasta caer vencido en la brecha del sueño. Y como en sueños, agarrándose al borde, se encaramó sin dificultad para encontrarse en un espacio inseguro, diminuto, reducido por la verticalidad. Un fresco viento le oreaba, erguido sobre aquella granulosa superficie de tela asfáltica que era el lugar más alto de su reino, y le pareció estar en el puente de un navio con la casa entera navegando a sus pies. A lo lejos, como fuegos tardíos, descubrió nuevos puntos de observación, recuadros semiapagados que habría que escrutar en las noches siguientes. Inmediatamente detrás suyo, se extendía la pálida obra muerta del terrado con sus mástiles y antenas trazando signos y rayas en el suelo en un extraño código de señales, mientras delante dos lados del cuartito desaparecían bruscamente, devorados por la sombra. Acercándose al vértice exterior, se asomó directamente al vacío. Sólo vio un pozo de negrura, la ciega y vibrante oscuridad. Es decir, no: al fondo de todo, una línea quebrada de luz denunciaba el tejado de la fábrica de hielo. *El suicida*. Aquel rastro espectral allá abajo no podía proceder de la luna, sino de alguna ventana que en vano intentó identificar. Sólo consiguió ver, estirado sobre el techo y sacando hiera la cabeza, un muro ciego interrumpido a metro y medio por una cornisa, en realidad el saliente del pretil donde se levantaba la pared del cuartito. El otro ángulo estaba for-

mado por la pared contigua al patinillo, una sucia pared blanca con su doble hilera de ventanas idénticas correspondientes a las habitaciones traseras. Un hombre se había lanzado años atrás por una de aquellas ventanitas, exactamente la segunda a la derecha, empezando desde arriba. Era un hombre joven, largo tiempo recluido en una clínica mental; ya en su casa, al parecer curado, no salía de su habitación. El lo había visto alguna vez, pero no recordaba su cara, sólo la expresión de abatimiento esparcida por ella. Y una noche, colocando una silla bajo la ventana, el hombre había saltado al vacío. Antes, había cuidado los detalles; había aceitado las bisagras y la víspera pedido a su madre que dejara una manta sobre la silla, por si acaso: la noche pasada tuvo frío. Así el postigo no rechinó ni crujió la silla cuando él, a medianoche, puso el pie encima y abrió la ventana. Acaso mirase abajo largo rato, antes de arrojar: ¿lo hago, o no? Y el vértigo, el gran salto lo absorbió y cayó en un alarido. Se deshizo la cabeza contra una viga del tejado. Abocado a las tinieblas, el muchacho pensaba sin cesar en el suicida. Y, paralelamente, razonó: sin embargo, la ventana está ahí, con la seguridad con que un astrónomo sitúa mediante el cálculo un planeta que su telescopio no revela. Veía las ventanas de enfrente descender, en series de tres, hacia el abismo, pero no la tercera ventana de la hilera superior, oculta por un resalte de la casa, y de la

que emanaba una fosforescencia. Esas ventanas no podían ver nada salvo el muro de ladrillo, ni ellas mismas podían ser vistas. ¿No podían? El corazón, empezó a irle aprisa. ¿Por qué no? En lo alto de la pared maestra su mano tanteó un gancho, áspero de óxido, profundamente empotrado allí algún día, quien sabe con qué objeto. Agarrándose a ese garfio y apoyando los pies en la cornisa... ¿Por qué no hacerlo? Era la conciencia de la transgresión, lo prohibido, no el peligro (él, si no fuerte, era ágil como un mono), lo que aceleraba sus latidos. Pero la noche lo envolvía en su negrura como en una hopalanda protectora y, casi sin darse cuenta, se dejó resbalar por la pared cogido al gancho. Afianzó los pies en la cornisa y desplazó la cabeza fuera de la vertical del edificio. Inmediatamente el resplandor se acentuó y la ventana, como un astro de imponderable magnitud, apareció a menos de diez metros, destellante.

Abierta de par en par, la ventana dejaba ver un dormitorio iluminado y, de momento, vacío. En una disposición que sugería un decorado de teatro, pudo observar una cama pegada a la pared, una mesilla de noche, una silla y, al otro lado de la puerta (en cuyo entrepaño superior resaltaba un papel sujeto con chinchetas y algo escrito encima, indescifrable), un armario ropero. Todos los muebles eran rosa claro y, en las hojas del armario, donde distinguió una dorada llavecita puesta en la cerradura, aparecían dibujados unos pájaros, quizás unos faisanes. Aunque sobre la mesilla había una panzuda lamparita con pantalla de pergamino floreada, ésta no se hallaba encendida, y la luz provenía del techo, de una lámpara con pretensiones de araña cuyas cuatro tulipas en forma de corola, abiertas hacia arriba, transparentaban el copo mate luminoso de unas bombillitas alargadas y rizadas. Toda la claridad que bajaba de arriba parecía encontrarse sobre una alfombra rosa colocada en el centro y que de algún modo evocaba el cuadrilátero de un ring. Aquel era sin duda el cuarto de una mujer, y en seguida apreció otros detalles femeninos: unas medias en el respaldo de la silla, un osito de trapo a la cabecera de la cama, y, al pie, aquel bulto sedoso y arrugado era, sí, era... Pero no pudo seguir pensando más porque, en aquel instante (como si lo hubiesen estado aguardando para empezar la representación) se abrió la puerta y, mal envuelta en

una bata rosa, apareció en el umbral la mujer, una muchacha que lo primero que hizo fue desprenderse de la bata, y el pensamiento y la respiración de él quedaron interrumpidos. ...Las demás noches repitió la operación. Aguardaba pacientemente en el techo del cuartito a que se proyectara la señal luminosa en el tejado. En la espera no pensaba en nada, ni siquiera en *ella*. Hubiera podido pasar horas así. Esperándola en la tenebrosa oscuridad de la noche, estirado sobre el techo con la cabeza asomada al vacío, le parecía descender a un hueco formado por sucesivos círculos concéntricos, una profundidad voraginoso que le recordaba el maelstrom engulliendo al profesor Aronnax y a Ned Land, y de la que él mismo no volvería a salir nunca, o en todo caso con una personalidad distinta. En el cielo, lleno de vahos cálidos, de algodonosas impurezas, naufragaba la C amarilla de la luna, cada vez más visible hacia el Oeste y más volcada sobre el horizonte. Le llegaban, de los pisos próximos, como esas ramas que flotando en el mar avisan la cercanía de la tierra, presagios ciertos del Acontecimiento: un claro batir de huevos, una voz de mujer llamando a cenar, el ronroneo de la radio y, finalmente (nostálgicos sonidos de epopeyas gloriosas, de pretéritas gestas de los mayores hablando de banderas y de muerte, de camisas bordadas y de muerte, de guardias en los luceros y de muerte, muerte, muerte: una historia que había poblado su horizonte

por un lado de consignas ya caducas y por otro de jaulas semipodridas pero que olían aún a conejo), las notas del himno, amplificadas en aquel gran espacio interior que hacía de caja de resonancia, giraban como aves agoreras chocando en su vuelo circular con palomares grises, claraboyas, galerías llenas de geranios con la puerta del excusado al fondo (una puertita donde se advertía una rendija en forma de media luna) y lúgubres paredes como nichos que descubrían pobres intimidades: esa mujer sirviendo la cena a un hombre de rostro ennegrecido y socavado, posiblemente un obrero del tren, pero al que la distancia y sus arrugas conferían algo misterioso, la posesión de un secreto inexistente. Sí, él todo lo veía al acecho en lo alto del cuartito aguardando el postrer Signo, aquel pálido espectro sesgado en la V de uralita (semejante al timbre oculto en bastidores que anuncia la inminente subida del telón), para deslizarse a la cornisa y atisbar siempre lo mismo, en una repetición alucinante: la muchacha pálida y cansada que nada más entrar dejaba deslizar la bata de su cuerpo (que fulgía como un joyel bajo la lámpara) y, situándose en el centro del cuarto, ante la ventana abierta, se ponía a hacer gimnasia con expresión seria y reconcentrada. Empezaba con una serie de aspiraciones, los brazos en sentido horizontal, apartándolos hacia atrás, sacando pecho; incluso, al final del ejercicio, se ponía en puntas de pie. Un maravilloso cuerpo desnudo

parecía ofrendarse así a la noche, a la nada. Mientras, él concentraba toda su atención en el triángulo isósceles formado por los dos botones rosa de los pechos y el negro diamante del sexo. En seguida, con un ligero salto, ella separaba las piernas y se doblaba por la cintura hacia delante tocando sucesivamente con las manos ahora un pie, ahora otro. Y él veía su cabellera tempestuosa, sus pesados senos bamboleantes azotados por ráfagas alternas de luz y sombra... Pocos ejercicios más hacía: las manos en las caderas, flexionaba el torso en sentido circular; o, tumbada de espaldas sobre la cama con las piernas encogidas en una tierna postura fetal, pedaleaba con los pies hacia arriba. Y siempre el rostro grave, como aborto. Nunca miraba hacia la ventana, era como si aquel muro de ladrillo frente a ella no existiese. En realidad, no debía verlo, deslumbrada por la lámpara. A veces, al terminar la tanda de flexiones, se metía en la cama de un salto y apagaba la luz apretando una perilla entre los barrotes del respaldo. Otras, la notaba desganada. Demorándose en sus movimientos, intercalaba unos pasos de baile o caminaba trenzando los pies sobre una misma línea de baldosas, de arriba abajo por la habitación; o se acercaba al armario, en cuya luna interior parecía buscar algo de su cara, una espinilla. Veía él entonces dos imágenes, su adorable anverso y reverso simultáneos, como en un recortable infantil. Cerrando la portezuela, ella se rascaba el pubis, pensativa,

o manoseábase los pechos, siempre como pensando en otra cosa... Cuando cerraba finalmente la luz, él desprendía su mano del garfio para afianzarse en el borde del techo, que remontaba haciendo, también él, una flexión, entumecidos los dedos, el cuello distendido a fuerza de doblarlo, con un nervio palpitante, todo el cuerpo deshecho y agotado, pero feliz, oh sí, feliz; violentamente feliz; como nunca lo había sido.

A nadie del almacén había contado aquello. Ni al Colas. No le hubieran creído. Además, no quería contarle. Ella, la diosa, era sólo para él, no quería compartirla con nadie. Pero

las bromas arreciaban sobre él por su escaso vigor físico, su continuo alelamiento. Y si, al agacharse para colocar un frasco en un estante, le crujían las rodillas, ah, entonces se echaban a reír: exageras, acabarás mal, le predecían; deja eso ya, vas a matarte, chico, sin saber hasta qué punto acertaban. El mismo encargado parecía vigilarlo, pensativo, observándole a distancia en un silencio mil veces más amenazador que las palabras, y Josefina, la dulce Josefina, siempre en bata y pantuflas por la casa, envuelta en un vaho doméstico de cama recién deshecha y ropa interior mugrienta, le lanzaba miradas de soslayo, rápidas miradas juveniles que arrebolaban su cara grabada.

Durante el día experimentaba vértigos, y, a medida que se acercaba la hora, pánico ante la idea de mirar. Pero, llegado el momento, una fuerza irresistible le impulsaba a encaramarse al techo, a poner un pie aquí, una mano allá, y observar, contenido el aliento, transformado en un lingote, oblicuo en relación a la fachada, aquella proyección de sinceridad zoológica, de vida, que era el cuerpo de la muchacha en soledad. Lo que al principio pareciera tan fácil le resultaba cada vez más difícil, y se agarraba convulsivamente al gancho antes de atreverse a estirar la cabeza,

sin mirar nunca hacia abajo, mientras la luna, de nuevo en creciente y cada día un peldaño más alta, inscribía su engañosa *D* en la esquina opuesta del cielo.

Soñaba a veces que, desprendiéndose del gancho, se caía en el interior del cuarto rosa, cuyo suelo de papel daba directamente sobre el tejado del suicida, para despertarse dando un grito, el corazón golpeante, sudando angustia en el bloque compacto de sombra del cuartito. Los espectrales chillidos que habían acompañado su caída se convertían, apenas despierto, en el lamento casi humano de un gato. Palpaba entonces la pared del cuartito, rasposa como el interior de una vagina, y se tranquilizaba poco a poco evocándola desnuda en la negrura polvorienta y cálida, asido ahora firmemente al catre, al garfio (del que así pues no se había desprendido), y todo era de nuevo consistente, todo duro, y de una especial dureza-suavidad el cuerpo de ella. Otras noches tenía pesadillas donde se mezclaban las facciones de aquella Lola nunca vista ni oída (pero a la que la succión misma del nombre, aquel prestigioso bisílabo que le hacía redondear la boca al pronunciarlo como si besara el aire, recreaba en forma de opulenta morena de tez pálida parecida a Linda Darnell) con la cara lunar de Josefina, demasiado vista, ay, a la que recobraba en su posición habitual de bruces sobre el escritorio compartido, descargando el peso de los senos en el canto y acercando mucho los ojos al papel

(miope encima, comprendía ahora, con esa intuición que se da en sueños), escondiendo las gafas bajo la mesa, por donde él se ponía a gatear para buscarlas y encontrar enseguida las pantuflas, dos harapos vacíos y andrajosos con su borla marchita como un sexo, y aquí estaban los pies de Josefina, escurridizos y oscuros como peces, enfundados en las medias; mal olientes pero agradables, sin embargo: despidiendo un tufillo acre como la resistencia de una plancha que se quema, chisporroteante, pero sin fundir los plomos de momento; y siguiendo ese olor a quemado (a cuerno quemado, oyó decir a Juana Amor) llegó a la madre, los muslos con las medias arrolladas encima de la rodilla dejando entrever una doble ladera apenumbada, los muslos abiertos de Josefina/Lola/Linda, una blancura acribillada de agujeros y sin embargo sedante a la vista, suave al tacto; y al fondo de esa vaguada vio una grieta; una hendidura oscura, una ranura en la que él introdujo su ficha para inmediatamente oír al Amo vomitar sapos y culebras por la boca. Y mientras él cumplía su promesa vengativa y disparaba, eyaculaba, disparaba, y su venganza perdía sentido al ritmo de vaciarse la pistola, despertó.

Esas eran sus quimeras nocturnas, sus terrores, el diezmo que el destino le cobraba por la visión resplandeciente de la diosa. Era un tributo admitido. Comprendía que todo hombre tiene, como la luna, un lado oscuro, donde acumula sus frustraciones y rencores,

propiciando la cara brillante. Y hasta ahora todo había tenido la inconsciencia de los sueños, la irresponsabilidad de la oniría. Pero una noche ocurrió algo imprevisto donde lo soñado y lo real se imbricaron en una realidad pesadillesca, y le pareció que los veintidós cubos de basura, los buzones parlantes, las letrinas, y la mujer de los pechos ratonados eran, con la escena de la que había sido testigo involuntario en el terrado, otros tantos peldaños descendentes que condujesen al centro mismo del infierno. A partir de ahí, como si su capacidad de humillación hubiese tocado fondo, supo que no podía hundirse más. Una gran paz se apoderó de él y, con la tranquilidad del que ya no tiene nada que perder, al día siguiente le contó a Colas toda la historia, mientras descargaban el camión.

Esa noche, apenas ella se hubo metido en cama y apretado la perilla, él, recuperado el plano del cuartito, se disponía a bajar cuando un murmullo de voces le contuvo y le hizo aplastarse contra el techo. Dos personas susurraban en la sombra del cubo de la escalera, sin duda un matrimonio tomando el fresco. Pero, no (su corazón se aceleró); era otra cosa. *Otra cosa*. Identificó en seguida a la pareja cuando ésta fatalmente se acercó buscando el refugio más propicio del cuartito y se arrimó a la pared, debajo de él: eran el viajante del segundo, un hombre calvo y de nariz ganchuda, eternamente resfriado, siempre con la moquita colgando (tía Felisa), y la criadita del primero, una mosquita muerta (Juana Amor), de aire insignificante y subnormal. Este descubrimiento le asombró y, bloqueado arriba, se dispuso a esperar los acontecimientos. Ella parecía resistirse: *es que somos dos extraños*, oyó ahora, *apenas nos conocemos...* *Justamente*, insinuó la voz apremiante y profesional del vendedor, *tenemos que intimar en seguida*. Hubo una pausa en la que los dulces rasgos animales de la chica florecieron en lo oscuro, en su memoria, como un dondiego que se abriera de noche, mientras llegaba a él, distintamente, un chasquido apagado. *Haga el favor* (era un susurro acobardado), *quite esa mano de ahí*. El hombre murmuró algo inaudible. *Bueno, pues no me gustan esas caricias*, oyó de nuevo, no tan boba entonces, o quizá era un rechazo

maquinal, avezada ya a estos manoseos en el Price, el Metro o la Paloma. Y, ordinaria: *la mano se la mete a su mujer*. *Vamos, vamos*, la tranquilizaba el hombre, cariñoso, como si hablara a un gatito, *¿ahora vamos a ser mala?*, mientras su propia voz se enardecía y exaltaba como al resplandor de un fuego próximo, una llama sagrada. ¿No sabía ella que iba a regalarle unos zapatos? Unos topolinos blancos, altos, justo lo que ella necesitaba, ya vería... Con lo bajita que era... *Bajita, pero bonita*, oyó aún regurgitar al hombre, como engullido por un magma. *Pero, ¿qué hace, qué hace usted?*, oyó de pronto a la muchacha, con voz alterada. Y como de regiones inferiores le llegó un ssssst vehemente del hombre, incapaz de hablar, un alerta imperioso y precavido. Sin osar moverse un milímetro, temeroso a su vez que ellos oyeran el golpear enloquecido de su pecho, él asistió a una serie de roces y suspiros, de jadeos ahogados, que reproducían visualmente en su cerebro la escena desarrollada abajo. La noche, condensada a sus espaldas, le comprimía férrea sobre el techo, sobre la tela asfáltica, cuya granulación se clavaba en sus manos y mejilla. *Por favor, eso no, no haga eso*, decía la voz más y más débil y vencida, llorosa, de la chica, empujando hacia abajo la falda que el hombre arremangaba a su cintura, y finalmente tapándolo con ella como para ocultar aquel horror, suspirando de modo diferente (ya sin importarle ser oída), estertorando,

agónica, arqueada contra el muro (ahora sí parecía una gata), durante un lapso de tiempo que a él le pareció una eternidad. Sólo entonces se atrevió a asomarse para verla, ver su cara al revés, vuelta hacia arriba como una bandeja, su abombada frente, ojos cerrados y pómulos salientes, una cara extrañamente seria, blanca, como una mascarilla mortuoria, la luz de la luna haciendo sombras en las cuencas de los ojos y convirtiendo el rictus de la boca en una cicatriz descolorida. Todo aquel rostro estaba lleno de silencio, de la inmovilidad que paraliza el organismo -sólo para saltar con más impulso hacia delante- en ese instante que precede al orgasmo. Debíó rodar quizá algo de arenilla porque ella, sobresaltada, abrió los ojos, y lo vio en el momento de apartarse. La chica lanzó un grito inarticulado y, mezclada con la ola de placer, su contracción debió ser tan intensa que el hombre recuperó el nivel, se irguió y le tapó la boca, *calla, estúpida*, dijo con atemorizada voz grumosa: *¿quieres que nos oigan? Una ra-ta*, silabeó la chica, conmocionada, y el hombre jadeó con pesadez. *¿Una rata?*, repitió sin comprender. *Arri-ba, una ra-ta*, insistió ella. Hubo una pausa en la que él, acorralado, no vio más alternativa (en el terror que le embargaba) que precipitarse muro abajo si el otro se encaramaba a averiguar. En seguida le oyó gargarizar, quizá sonarse. *Un gato*, decidió, *sólo es un gato. Anda, vamos ya, no sea que...*, añadió con voz que aún

pretendía ser amable, mientras volvía a escupir sobre el ladrillo. Cuando los dos se hubieron retirado, sigilosos, desenrollando su salacidad a lo largo del muro como una tela incandescente, y oyó el cauto girar de la llave en la puertecita del terrado, se animó él a bajar para encerrarse a su vez en el cuarto, sin encender la bombilla, sacudido entonces sí por una cólera salvaje, mortalmente ofendido y exasperado.

¿Ignoraba acaso el viajante, a quien una vez cargara el pesado muestrario de zapatos en su DKW, que él dormía allí, a dos palmos? ¿Recordaba siquiera su existencia? ¿O para el viajante era lo mismo que hacer *aquello* delante de un perro? Sus dientes rechinaron en lo oscuro. ¿Y si él hubiera saltado de pronto sobre ellos, como La Sombra, como Raffles, intimidado y ahuyentado al tipo y luego...?, ¿luego? La tontina no se habría resistido, por temor al escándalo. Recordaba su cara bajo la luna; una piedra milenaria y enigmática. Pero todo eso eran tonterías, recapacitó luego, amargado, ya en el catre, su mano tropezando una vez y otra con el miembro, esas cosas nunca sucedían, duro, enhiesto, sólo pasaban en el cine, previendo con experiencia y desaliento el desenlace inevitable, en las novelas, mientras la imagen casi comestible de la diosa, la textura de seda de su cuerpo, se intercambiaba con la faz subnormal, triste, pero esforzándose aplicado

en recoger los relieves de la imagen, jadeante, con la tristeza anticipada del semen derramado inútilmente.

Empezó habiéndole, con voz inimportante, del viajante y la bobita (una menor), del sórdido acto consumado entre ellos, y él arriba obligado a oírlo todo (él dijo verlo), para acabar (¿y qué hacías tú allí arriba?) contando la visión resplandeciente que cada noche le ofrecía la ventana. Se lo contaba empujando cada uno su carretilla, al principio enfiladas, para luego, cuando su ritmo de trabajo alteró sus cadencias respectivas, seguir contándose a retazos, a intervalos, cada vez que se cruzaban. Desde el primer momento comprendió no ser creído, que para el otro todo eran fantasías oníricas (pajas, pajas, repetía el gnomo, malicioso, al pasar por su lado), proyecciones de aquel París-Hollywood proporcionado por el mismo Colas meses antes. Pero, eso, lejos de decepcionarle, le animó a continuar repitiendo una y otra vez las mismas cosas, como una lección bien aprendida, engañándole con lo verdadero, quizá pensando que así no cometería una traición, y sin omitir ningún detalle, hasta mencionar incluso aquel papel clavado tras la puerta. Daría cualquier cosa por saber lo que allí pone, dijo con acento de verdad que inmediatamente sonó a falso (¿Qué va a poner? El método Ojino): quizá una poesía, porque son líneas desiguales. Y de ese modo acabó su relato. Eres muy fantasioso, mucho, dijo el otro, sin mirarle: yo que tú, me haría mirar. Y además tengo una pistola, añadió él, con desesperación casi humorística, al darse cuenta (pero tarde ya) que, así

como el episodio del terrado lo había llevado a hablar de la ventana, la línea de la pistola apuntaba directamente al Amo. Pero el otro se limitó a decirle: ¿qué? ¿Quieres decir esa pistolita con la que disparas cada noche? Quiero decir, rectificó él con firmeza, un astrea del 9 corto. El otro lo miró a los ojos un segundo: eso y todo lo demás lo creeré cuando me la enseñes, Facerías. De acuerdo, convino con voz neutra: mañana te la enseño.

Esa mañana, al salir a la calle con la pistola en el bolsillo interior de su chaqueta latándole como un corazón suplementario, fue como si mil ojos le mirasen, y emparedó en seguida los suyos con la venda negra de las gafas, listo para ser fusilado aquí y ahora. La había cogido como sin querer, en el momento de marcharse, y puesto distraídamente allí, envuelta en una hoja de periódico como el paquete del almuerzo, obedeciendo a un reto interior o acaso una orden emanada del arma, pero prometiéndose a sí mismo no enseñarla a nadie, ni a Colas. Y ahora era un hombre con una pistola por la calle, un posible atracador (cualquier policía podía detectarle el arma encima, detenerle, abatirle en el terreno) dirigiéndose a la parada del tranvía, cuando vio venir hacia él una mujer que le resultó inmediatamente familiar.

Era una mujer joven muy envuelta y forrada toda ella, empaquetada con un vestido estampado de grandes flores naranja y amarillas, y ceñida por una faja-cinturón anaranjada cuyos extremos caían a un lado; guantes blancos y zapatos blancos, tacón alto y, colgado al brazo, un bolso de paja. Un chai de lana blanca, vaporoso, de flecos larguísimos, caía de sus hombros a las caderas, y llevaba en la mano un gran sombrero de alas anchas. Parecía surgir de la tapa de una caja de bombones, ella misma el regalo caminando, y, al cruzarse, le lanzó una mirada distraída de niña bien que no ve a nadie, que es tan sólo un cristal que refleja lo que tiene delante, mientras él sonreía estúpidamente, como si fueran conocidos. Su sonrisa resbaló sin respuesta por una cara remota al tiempo que un perfume penetrante lo invadía. Aturdido, clavado en la acera, la miró alejarse, aspirando aquel perfume, ¡Qué rara la veía así, vestida! Porque era ella, sin lugar a duda. Metamorfoseada en un producto de pastelería cara. Y al intentar reconstruir su desnudez bajo la ropa y recobrar la textura de aquel cuerpo, tuvo que apoyarse en la pared acometido de vértigo (el vértigo de las alturas), llena de sudor frío la frente. Un erupto devolvió a su boca el gusto a leche agria del desayuno, mientras una voz compasiva preguntaba a su lado: ¿le pasa algo? Denegó con la cabeza y abrió los ojos justo para verla subir a un tranvía. De pronto, sin saber por qué, corrió detrás, una

mano apretando la pistola contra el pecho en la actitud del cardíaco que puede caer muerto en cualquier instante, y subió al estribo en marcha. Era un número que no le correspondía, un 60 de dos pisos, pero que le dejaba cerca del trabajo. Pudo verla en la atestada plataforma asida a la barra central, como un escollo entre un oleaje de cabezas, levantando la pamelita para evitar que la chafaran. Se quedó mirándola pasmado, no muy seguro de no estar soñando, y hubiera querido demostrarle su asombro y su admiración sin límites ante la acabada obra de disimulo y falsedad perfecta que era ella dentro del estuche de sus medias y el floreado traje de piqué, cuando ella volvió a mirarle durante un breve segundo con esa mirada inerte que resbala por la superficie de una cosa. Bastó, sin embargo, para que él se escondiera lleno de temor tras un muro de caras iguales a la suya, embotadas y grasicientas de sueño, y desde allí siguiera mirándola a hurtadillas, inmerso en un fofo olor a trapo. También (comprobó ahora) los demás pasajeros la miraban, y ella era consciente de esa mirada general; demasiado fragante y bien vestida, demasiado pintada maquillada enrimelada, absurda como un ave del paraíso a esa hora y entre aquella masa de obreros y oficinistas, muchos de ellos con la barrita del almuerzo envuelta en un periódico aceitoso. Y cuando uno con mono de mecánico murmuró cara a su compañero: ¿quieres que te pague un taxi, nena?, débiles llamitas

se encendieron en caras descoloridas. Mientras, él registraba con expresión estupefacta el bajar y subir de la gente en el sucederse de paradas, y al rebasar aquella donde hubiera debido apearse irremisiblemente, la idea de lo normal, lo cotidiano, apareció nítidamente ante sus ojos como ese cristal sólo visible en el momento de agrietarse: todavía, durante unos segundos, existió la posibilidad de lanzarse en una curva, dar marcha atrás a los acontecimientos, echar a correr para recuperar el tiempo. Pero, en aquel instante, ella hizo un movimiento previo y a continuación se desplazó hacia la mampara, la cruzó, y desapareció. En tanto ella, llevando siempre en alto la pamelita, había hendido la masa como una materia dúctil (o mejor ésta se había separado como las aguas del Mar Rojo), él se abría penosamente paso entre codos y espaldas de hierro a la vez que protegía el pseudopaquete de su almuerzo. La vio apenas asomarse al interior, colocada como en una hornacina en el hueco de la escalerilla, tres peldaños más arriba pero sin subir a la imperial. Entonces, quedándose en la puerta, volvió a su estupor tranquilo, a su indiferencia vigilante, a observar cómo el tranvía, cruzada aquella frontera cristalina, se internaba acelerado y con estrépito de ruina por un paisaje desconocido, demoníaco, fluía entre laderas de fachadas donde los nombres de los establecimientos le gritaban avisándole alarmados y los ojos que se cruzaban con los su-

yos en la calle eran los mismos ojos de horror del encargado. Hasta le pareció ver a una mujer en una esquina llevándose las manos a la cabeza, enajenada: Zarandeado a un lado u otro de la puerta, sacudido por el vaivén del tranvía y su propia turbulencia interior, lo único estable en aquel universo dislocado era el fragmento que veía de ella, semioculta en la vuelta de la escalera: el pie apoyado en el escalón siguiente y calzado con un zapato muy abierto que dejaba ver todo el empeine, ligeramente curvo, una colina morena tapizada por la media. Junto al tobillo, un pliegue de esa media formaba un hueco traslúcido, aleante, como el capullo de un gusano de seda. De pronto, dejó de ver el pie y la boca se le llenó de ceniza.

Imposible que se hubiese apeado sin verla él, de modo que subió con cautela a la imperial y sí, allí estaba, erguida en el pasillo, siempre en pie, pese haber ya sitios libres. Como si empezara a deletrear un texto desconocido, una piedra de Rosetta hasta ahora indescifrable, comprendió que ella evitaba arrugarse el vestido; esa comprensión pareció unirlos con un lazo. Volvió a instalarse en la plataforma, ahora semivacia, hasta llegar al fin del trayecto, en que la vio bajar con los demás. Todavía se entretuvo fingiendo atarse un zapato mientras ella cruzaba hacia la acera del Apolo, y luego corrió detrás, como absorbido. Sabía muy bien qué barrio era éste, era la zona alegre de la ciudad, poblada de cafés monumentales que ocupaban las aceras con sillas y veladores; de teatros con grandes carteles en sus frontis de estuco desconchado; y de mujeres de mal vivir, de limpiabotas, forasteros y soldados; gentuza de toda calaña. Por un momento, al pasar ante el Parque de Atracciones una duda le había ensombrecido, una idea que no quería llegar a formularse, pero que estaba allí, en forma de nube: ¿sería ella entonces una..., una? Porque la chica caminaba ahora con más naturalidad, con más descuido, casi diría indolencia, contoneando las caderas, como encontrándose en un sitio familiar. Incluso se puso la pamea, con un gracioso movimiento, cansada sí de llevarla en la mano pero también al sentirse segura, disculpada la anomalía de su atuendo por la

irregularidad permanente del paraje. Parecía una corista en retirada tras una noche de orgía (lo que por otra parte desmentía su frescura, su intangible aura de limpieza), pero es que no tiene prisa, razonó con la lucidez con que, en proporción inversa al estado de su ánimo, analizaba todo lo de ella: llega pronto, para lo que sea, y está haciendo tiempo; fácil. Y así era, ella se detenía al pasar ante los falsos palacios con columnas y atrio empapelado de programas, y letreros ocupando la fachada donde vedettes monumentales de emplumada cabeza y piernas enmalladas, pródigas en lentejuelas, eran contempladas desde abajo como tartas gigantescas por esmirriados hombrecillos de chaqueta entallada (en cuya fisonomía, favorecida por el rotulista, advertía él sin embargo los mismos rasgos depravados de los tipos que le pedían la documentación en los burdeles), y triunfaban con sonrisa inalterable sobre la gris chatedad de la mañana. Había pasado ya El Molino con sus aspas inmóviles en la falsa mansarda recordando a Montmartre si no a Pigalle, cuando un cartel al otro lado de la avenida, en el chaflán del Español, junto una calle oblicua por donde ahora se internaba un trolebús, un cartel formado por bombillas que de noche debían encenderse y que ponía en grandes letras

ÉXITO LUCES DE VIENA

la sedujo y paralizó un instante, para en seguida reanudar el vuelo con su ligero paso de bailarina. Pero, claro, si es bailarina; va a ensayar, se le reveló de golpe, sorprendido de no haberlo pensado antes. Claramente se le representaron los nocturnos ejercicios gimnásticos, la seguridad y aplicación en repetirlos, y durante un segundo caminó por la ancha acera, entre fardos oscuros mal formados, un cuerpo en toda su irradiante desnudez, esperando y temiendo a la vez verlo meterse por una de aquellas puertecitas situadas junto las taquillas y de uso exclusivo para artistas. Pero ella siguió avenida arriba, sorda a las voces, siseos y silbidos de camioneros, barrenderos y taxistas; ciega en el punto de intersección de miradas concurrentes de tascas consecutivas, puntos de origen de esas rectas, aquella que acababa de pasar y esta ante la que enseguida pasaría, como aquellos aviones fantasmales de la guerra (recordó en una fugaz imagen infantil) quedaban falsamente aprisionados en las equis de los reflectores. Pero, como esos mismos aviones enemigos que avanzaban indiferentes y orgullosos con los flancos jalonados de explosiones sin variar jamás el rumbo, así ella seguía su camino, empavesada por su chai y su pamelita, pasando impávida ante aquellos hombres de pullóvers a rombos batas grises o blusones rayados que la miraban como un espejismo, al tiempo de murmurar alguna frase que era como el marchamo de su virilidad indeclinable: pues a ésta le hacía yo no veas/

menudo polvo tiene/hay que joderse, y de las que él recogía fragmentos, sonrojado ante aquel homenaje y con una enigmática expresión de propietario; Hablando, en tanto él la veía en imágenes alternas, ora vestida, ora desnuda, de succiones y fuerzas centrífugas. Oyendo: ésa te hace una xuclada que te saca las muelas por abajo. Flemones incluidos, dijo otro. Sonriendo con la cabeza gacha a la envidiosa andanada final que explotó junto a su oído: ¡No sabes lo que te pierdes, niña! Silabeando: tú tam-po-co.

Saboreaba su respuesta secreta cuando de golpe sólo encontró el vacío, el aire solidificado ante él. Corrió unos pasos para doblar la esquina y recuperó el chal blanco subiendo una callecita, animada a aquella hora con los cajones de una frutería interrumpiendo la acera, el claveteo de un zapatero en su tabuco y gorjeos de niñas invisibles tras un alto muro sin resquicios. El cambio de escenario fue tan brusco que apenas vio un ondulante fleco penetrando en un portal. Había llegado.

Todavía acertó a ver el resplandor mate del vestido en el fondo del portal a rombos blancos y negros, y alcanzó a oír el resto de una frase: ...la primera, señorita, pronunciada por una mujer gorda vestida de oscuro, de aire meridional, parada sobre una línea discontinua de hojas de periódicos extendidas, a modo de pasarela, desde el portal al primer escalón. La escalera no tenía ascensor. Del suelo recién fregado subía ese desinfectante olor a limpio que es el perfume de los pobres, en contraste con la amarilla cochambre de los muros, donde guirnaldas descascarilladas indicaban quizá un pasado esplendoroso. Mientras él contemplaba las baldosas relucientes y oía extático un sonido en el interior de la escalera, una llamada argentina y cercana (el principal, calculó), e imaginaba un dedo rosado oprimiendo el timbre, la portera se volvió en su dirección, todavía con expresión obsequiosa en el rostro pero ya con mirada desconfiada, penetrante, para preguntar: ¿Busca usted algo?, exactamente como hubiera hecho Juana Amor. El regurgitó algo incomprendible acompañado de un encogimiento de hombros, para retirarse calle arriba, añadiendo de ese modo en la clasificación de la portera un tipo más a la serie de locos, tarados y sospechosos que merodeaban por la zona.

La calle terminaba en seguida, interrumpida por una escalera que remontó por inercia, orillando cuidadosamente esos compactos

y ahusados excrementos de oro viejo que los perros, como acabadas obras de orfebrería, exponen en lugares visibles a la admiración de los demás, así como otros de cualidad más líquida y verdosa aplastados contra el suelo, aquí y allá, que dedujo serían de paloma, para encontrarse en una plataforma superior, una calle transversal con chabolas escalonadas a ambos lados de un camino de cemento que subía la colina desdoblándose en rampas sucesivas. Unas gallinas picoteaban en la tierra (quizás entonces no fueran las palomas) ,y unos niños de cabeza rapada y piernas sucias jugaban a dar patadas a una lata como si no tuvieran mejor cosa que hacer en ese punto y aquella hora. Y él mismo, ¿qué estaba haciendo allí? Soslayó con indiferencia la pregunta, de antemano sin respuesta. Desde allí podía apreciar toda la calle descendiendo hasta la civilización del Paralelo, por donde ahora (pero como algo muy lejano) vio cruzar un tranvía amarillo, un 60 que le hubiera devuelto a su casa, y al trabajo. Sí, ¿qué estaba haciendo allí? Con la sensación de hacer novillos (una vieja sensación que parecía haber brotado del polvoriento talud, donde seguramente se escondían sargantanas), siguió el movimiento de los niños en el ámbito restallante de luz, oía sus gritos penetrantes, el hueco estampido de la lata, y ésta rodó una vez hasta sus pies. ¡Eh, Quincoces!, le gritaron. Pero él no movió un milímetro su cuerpo, como existente en otra dimensión.

Tras la negra pantalla de las gafas, observó al niño que se acercaba a recuperar la lata y, por un instante, jugó con la idea -tal esos tipos que exhiben sus genitales a las niñas- de mostrarle descuidadamente la pistola, para, con cara lóbrega y ausente, recibir su temerosa admiración. Porque aquél era barrio de pistoleros. Siniestras historias se contaban de anarquistas y policías muertos. Quizás ése era el motivo (razonó) de su extraño proceder, y él habría rehusado ir al trabajo para evitar la tentación de utilizarla. Sí, la pistola era la clave del asunto. Volvió a bajar las escaleras lentamente y, manos en los bolsillos, descendió por la acera de enfrente para entrar en un bar situado ante el portal. El bar (en realidad una bodega) se abría a la calle desprovisto de puerta, con las dos macizas hojas de madera que debían cerrarse de noche abiertas de par en par y sujetas con un gancho a la fachada. Y gente bullanguera, menestrales y empleados, arrimados en andana doble o triple a la barra opuesta a los barriles que eran como la otra cara del negocio, tomaban su primer carajillo. Todos parecían conocerse, y el dueño (un hombre de cara jovial y sonrosada con un orzuelo en el ojo derecho) conocerlos a todos, atento a llenar tazas de café alineadas sobre el mostrador, todas con la cucharilla y el rizado envoltorio del azúcar en el borde del platito, cada vez que retiraba la jarrita de la máquina. ¿Y qué estaba haciendo la portera, allí delante? En pingueretas sobre una escalerilla,

aquella pálida matrona del Sur, algo despeinada pero apetecible todavía en su gordura, adornaba el dintel con unas palmas que ahora intentaba sujetar con un cordel al arabesco de una reja herrumbrosa situada encima de la puerta. También otros la observaban burlones, sorbiendo su hirviente café, y cuando la portera, al estirar un brazo, dejó ver una liga desflecada en torno a la rodilla, e inmediatamente encima una anilla de carne fofa y blanca, no dejaron de corearlo: mira eso, tú; no te lo pierdas.

Desdeñando esa presa, su mirada subió hasta el balcón del principal, atestado de macetas de geranios y una enorme esparraguera asomada entre los hierros prolongándose hacia abajo, como pretendiendo unirse a los frescos tallos del portal. Un bloque de cactus colocados en tiestos más pequeños sujetos con maceteros al balcón asomaba a ambos lados de la persiana, que, echada sobre un tendedero acoplado a la baranda, creaba bajo ella un hueco aéreo, un umbráculo verde que permitía descubrir, estando el balcón del todo abierto, el interior de una habitación que era la alcoba sin lugar a duda. Desde la acera de enfrente, él distinguió un techo con molduras donde la luz del sol, incidiendo en los cristales, cabrilleaba. También vio parte de un marco delimitando la oquedad donde debía refugiarse la cama, y una sección de barra dorada y refulgente, y un empapelado azul gris que, fijándose bien, se resolvía en una serie de

cornucopias invertidas. Brazos rosados atravesaban ese espacio, rostros atareados y felices que indicaban que allí estaba ocurriendo algo. Sumido en su contemplación, no se dio cuenta de un coche que había ascendido silenciosamente por la calle, un coche largo como un transatlántico conducido por un chófer de gorra galoneada al descubierto en el pescante, y que se detuvo ante el portal, donde acababan de estacionar un carretón. Un hombre joven vestido de azul marino (dame un vinito, Quimet, dijo alguien de voz bronca, a sus espaldas) y corbata listada azul y roja (el padrino es del Barga, es un culé, oyó a la misma voz) descendió inmediatamente del cupé (culés y periquitos, aquí todos son iguales, sentó el Quimet) llevando al brazo un ramo de gardenias envuelto en papel de plata.

Ya en el portal, el joven miró con alguna duda el número y preguntó algo a la portera (pero por educación, sonriendo, como quien sabe que no se equivoca, vamos, que no puede equivocarse), y desapareció en el interior. Y ahora el bar había cambiado de aire, los hombres raleaban (apenas si permanecían él y el individuo de voz bronca y cara agitada que había pedido el vino), mientras el espacio era ocupado por mujeres, algunas ya de vuelta del mercado con sus cenachos y bolsas desbordantes de verduras, de los que extraían envases vacíos que descargaban con cierta perentoriedad de amas de casa sobre el mostrador, tras el cual el hombre del orzuelo (que él ya sabía se llamaba Quimet) se afanaba lavando vajilla. Quimet, de pronto, levantó la vista como viéndole por primera vez, y en ese tono indefinible que vacila entre el tú y el usted, le espetó un: ¿qué quería? Y él respondió, apacible: un carajillo, ya se lo pedí hace unos minutos. El Quimet lo miró un segundo más, ya no quedaban más tacitas, y sacando una del agua cenagosa la puso sobre un platito que sacó del mismo sitio, colocó encima el azúcar, echó un chorrito de veterano en el café, y lo empujó hacia el muchacho: dos cincuenta. El sacó con precaución de una delgada carterita tres harapientos billetes de peseta que depositó en el mostrador, recogió la vuelta (dos reales agujereados, húmedos, como el envoltorio del azúcar) y la deslizó en el bolsillo superior de su chaqueta.

El Quimet, mientras, sacudiéndose las manos, había pasado al otro lado, junto los toneles (que escalaban la pared, los más pequeños colocados arriba, los de abajo medio bloqueados por cajas de botellas de gaseosa La Casera o de sifones con peto de guerrero, pero todos con precio, calidad o procedencia escrito en el témpano con yeso), y servía rápidamente a las mujeres.

No era el único (según observó ahora) en merodear ante el portal; un joven de pantalones negros y chaqueta de ojo de perdiz, y una máquina de fotografiar en bandolera, husmeaba en su interior a la vez que sonreía a la portera. El chófer, entre tanto, colocado oblicuamente ante la entrada, maniobraba para estacionar junto la acera, pero el carretón se lo impedía, la aerodinámica y brillante aleta posterior rozando casi el desvencijado trasto, sin duda de algún chamarilero; así que él salió del bar, cruzó la calle y, en la serie de actos gratuitos que anormalmente estaba realizando esta mañana, retiró el carro hacia atrás. Al empuñar los varales afinados por el uso experimentó un tacto familiar, reconfortante; era lo suyo. El chófer estacionó en el acto y descendió con ese apresuramiento falso (tras él, la puerta se cerró con un chasquido engrasado y suntuoso) del que se dispone a ayudar a quien le ayuda cuando ya no es necesario. El alzó los hombros en un gesto de ya está, no se moleste, mientras falcaba expertamente el carretón contra el bordillo; pero

una mano del chófer, disparada, cruzando la barrera de los varales, golpeó en el pecho del muchacho contra aquel objeto duro, desprendido. En ese instante se produjo arriba un oscurecimiento -alguien se había asomado al balcón- y ambos levantaron la cabeza. Antes de verla ya sabía que era ella. Y ahí estaba, en lo alto, sonriente, a un lado de la persiana, con el busto sobre el antepecho y un nimbo de luz en los cabellos, mirando abajo, sin verle (mientras hablaba a alguien colocado tras ella), o mejor viéndole como una mera prolongación del carretón (alguien que intentaba también ver), sin ver siquiera la gorra de plato del uniformado chófer (el culé, el de la corbata azul y roja) sino el techo rutilante del coche (materialmente echado encima de ella), los negros reflejos del capó, en cuyo extremo (clavándola entre los hierros del balcón), sobre el radiador de aristas cromadas (y los ángulos y partes duras de su cuerpo), fulgía una figurita puntiaguda.

Todo esto sucedió en unos segundos. Mientras, arriba, ella se revolvía de repente entre alarmada y risueña, lanzando un *eh* inaudible de protesta, y desaparecían los dos balcón adentro, el chófer se apartó del muchacho sin decir nada, vivamente, su cara velada de pronto por una inescrutable expresión de reserva. El volvió a entrar en el bar, donde el sujeto agitanado de voz bronca le miró a su vez con una expresión particular, entre chungona y reticente, que le hizo preguntarse de

súbito, con momentáneo malestar, si no sería el carretón, y claro que lo era, de aquel tío. Empero, sin perder su aplomo, se situó ante el enfriado carajillo y pinzó con dos dedos la tacita para llevársela a los labios. El brebaje (el primero que injería) le revolvió el estómago. ¿Y qué le estaba contando al Quimet aquel sujeto? Pues una historia tan divertida como cierta, sí señor, una pareja que se iban a casar y la novia no acudió a la iglesia, ¿se da cuenta? El novio espera que te espera ante el altar, y la novia que no viene, que no vino. Hasta que el padre coge al novio por el brazo y se lo lleva, sin decir ni pío, ante los familiares convertidos en piedra. El hombre rió (o tosió) con una tos (o risa) cavernosa: que no vaya a ocurrir aquí lo mismo.

El Quimet volvía a lavar vasos, en silencio, colgada una sonrisa en su rostro impenetrable, mientras él se demoraba con la taza, y las mujeres de caras desganadas, grises como bayetas de fregar, hablaban de otras bodas, otras novias (que quizá fueron ellas mismas, en un pasado remoto), mirando envidiosas y nostálgicas el coche, demasiado lujoso para la calle, demasiado relucientes sus platinas, apreciando como sólo ellas podían apreciar el asiento interior acolchado en raso blanco, sujeto con rosetones, como un estuche reservado a la novia, y, en la bandeja posterior, junto la ovalada ventanilla, el almohadón de nardos rosas y camelias, y de esas flores blancas diminutas cuyo nombre nunca se recuerda. No, pues ésa seguro que va, dijo una de ellas.

El gitano hizo girar su vaso con un resto de líquido dorado: es que no saben el final de la historia. Porque, para que vean lo que son las cosas, a los dos días ya habían hecho las paces, ya ella había dado explicaciones, ya volvían a casarse el domingo en contra del parecer de las familias. Pero el novio empujado en que sí, que con ella o con ninguna, como si de ello dependiese su vida. Qué romántico, dijo una mujer por cuyas piernas azulaban las varices. Así que los parientes de ambos bandos se reunieron de nuevo en la iglesia, donde ya ella lo estaba esperando. Y entonces fue el novio el que no vino. El hombre volvió a toser-reír, y apuró el vaso de golpe.

A todo esto, la gente se había ido amontonando en la acera, ante la puerta, y alguien dijo: ya sale la novia, coincidiendo con la llegada de dos taxis lado Paralelo. Y, mientras el joven de la chaqueta de ojo de perdiz corría cámara en ristre buscando ángulo propicio, y la gente se arremolinaba, él vio formarse en la negrura del portal, como en el revelado de una foto, una figura al principio confusa, una nube flotante de gasa que en seguida resplandeció fuera, del brazo de un hombre hasta entonces invisible, vestido con un terno gris marengo y cuello duro, que debía ser el padre; un señor de faz congestionada por la emoción y el botón superior de la camisa, y que miró a ambos lados, parpadeante, saludando imperceptiblemente a éste o aquél, quizá sus amigos de dominó, con un gesto de ¡qué quieres hacerle, ves!, pero en el fondo muy orondo y satisfecho, mientras la novia avanzaba hierática, semioculta por el velo como tras una virginidad suplementaria, sin mirar a izquierda ni derecha, tal la Madeleine Carroll de El prisionero de Zenda. Hasta el Quimet había salido y, en el momento de introducirse en el cupé junto a la novia, gritó al padre, su orzuelo al rojo vivo: ¡eh, Vilaplana!, mientras el chófer sostenía la puerta gorra en mano, que se puso una vez cerrada aquella con el gesto de quien clausura algo, para sentarse al volante y arrancar. En tanto el coche se apartaba de la acera con la poderosa suavidad de un navio empujado por la brisa, y

escoraba para doblar la esquina, seguido con emoción por las mujeres como si en él les fuera de nuevo arrebatado algo intangible, quizá su juventud, pero no menos precioso, él no apartaba la mirada del portal, donde había brotado otra pareja, ella del brazo del padrino y con la pámela puesta, que ahora, mezclada con las otras, era una más en el acompañamiento. Clic, clic, clic, iba haciendo el de la cámara. El primer taxi lo ocuparon dos mujeres, de edad dispar pero muy acicaladas, sin duda la madre y la hermana de la novia, ambas con casquete; el de la madre de terciopelo negro, y un crespón, haciendo juego con su vestido de brocado negro; blanco, de rafia, el de la hija, con un cojín de flores de organdí sujeto al lazo. En el último momento, requeridos con un enérgico siseo, subieron al taxi ella y el padrino, ocupando alegremente los traspuntines. En el otro se apretaron los familiares, primas y tíos venidos del pueblo, y ambos taxis partieron raudamente calle arriba. En la acera quedó un grupo de invitados charlando animadamente, todos jóvenes, amigos y compañeros de trabajo, llenos de seguridad y suficiencia, conscientes de ser observados por el resto, iluminados por el sol de la boda.

Y hablaban de ir caminando hasta la iglesia, que, al parecer, quedaba muy cerca.

¿Y ahora, qué? ¿Volver? Volver. Descendió sin prisa por la calle, las manos en los bolsillos, hasta llegar a la avenida. Allí, parado en la esquina, miró hacia la neblina azul de plaza España, y luego hacia el mar, igualmente neblinoso. El calor era asfixiante, y se aflojó la corbata, cuyo nudo nunca deshacía sino para, demasiado grasiento, rehacerlo algo más arriba. Largo rato estuvo allí, apoyándose ahora en un pie, ahora en otro. ¿Qué aguardaba? No sabía. Todos los caminos de su mente conducían a puertas cerradas, la mañana entera convertida en un blanco muro terminal, una tapia de fusilamiento. E igual que un condenado a muerte observa el mundo en sus últimos instantes como si la distorsión a que su mente se halla sometida fuera a darle algún significado finalmente, así él miraba las cosas, las personas, y escuchaba sus conversaciones que, cuanto más necias y triviales, más misteriosas parecían. Maciza ella (decía un señor), con la barriguita como de dos meses, rica; a punto de llevar y de servir... Á él (pasó arrastrando como una banderola una mujer), a él no le preguntes nada, hija; es inútil que le preguntes; a él... Y aquel pronombre oblicuo resonó en su interior como algo inapelable, confirmándole en su secreta angustia: a él es inútil preguntarle. Consideraba absurdo, injusto, que nadie se le acercase para hablarle humanamente y, demostrando conocer su problema, le ayudara. Cerca, de un balcón de hierro, cayó como un

trapo gris una paloma; se posó apenas en el suelo, sobrevoló un coche, y dobló al fin la esquina como una -persona. Y ¿cuál era ese problema? No el despido. Era..., pero antes de planteárselo siquiera, la idea, la prenoción, resbaló sin fuerza, también gris, en su cerebro; inerte, como de goma. Sus mismos puños no tenían fuerza y los crispó para aflojarlos en seguida. Se sintió postrado. Algo, sin embargo, estaba claro: no podía volver al almacén hasta la tarde. ¿Qué hacer, en aquel lapso de tiempo inacabable? Consultó en su muñeca un reloj inexistente y, tras encogerse de hombros, volvió a internarse en la zona por una callecita lateral. Inmediatamente se sintió mejor. Con sus casas de uno o dos pisos, sus calles en cuesta cruzadas por otras a modo de miradores superpuestos, sus escaleras y planos en declive atacando la montaña, el paraje adquiriría en seguida una óptica peculiar, y cada figurita colocada en sus diferencias de nivel un aire diminuto y codificado, confortable. El barrio entero recordaba un nacimiento, un pesebre libertario del que hubieran escamoteado el Niño. Llegó a una plaza rectangular, de tierra, con plátanos polvorientos y una fuente de dos caños en medio, a uno de los cuales se abocó para beber un gran trago de agua tibia y blanda. Dos esquinas más allá encontró la iglesia, su fachada fundida con las otras en la sombría ladera de casas. Sólo el negruzco campanario descollaba solitario, iluminado al sesgo por el sol, con la

esfera del reloj marcando las doce y cuarto, En seguida vio el coche, o los coches (porque inora eran dos), llamativos, dos haigas estacionados uno tras otro ante la entrada, con los chóferes hablando en la acera. Al pasar ante el cupé nupcial observó su interior acolchado vacío, como un lecho abandonado pero tibio todavía. Se detuvo en el vestíbulo a leer los carteles fijados en la puerta claveteada que hablaban amarillentos de un mes de. María marchito y de una peregrinación por florecer a Roma durante el Año Santo, y escuchó, entremezclada a nociones de *santa* y *amantísima*, la charla desvergonzada de los dos hombres de uniforme referente a un tiberio y un ull viu al parecer tan vivo como ardiente. Uno de ellos emitió en aquel momento un maullido eyaculante, paroxístico, prontamente absorbido y neutralizado por las paredes al óleo del vestíbulo. Al volverse hacia los hombres, el chófer ya conocido, por reflejo, le miró: algo en sus ojos pareció reconocerle, pero ni un sólo músculo de su cara se movió, y mientras el muchacho sentía el lastre del arma en su bolsillo, el otro asumió la misma cauta expresión anterior, pero ya sin demostrar sorpresa sino disgusto, forzada indiferencia, preocupación, y mecánicamente sacó un paquete de ideales e invitó al otro chófer a fumar. Pareció olvidarse del muchacho, no verle ya contra el gris plúmbeo de la puerta. El, sin embargo, como imposibilitado de salir, y sintiendo la urgencia de hacer algo razona-

ble, se dirigió al fondo del atrio y, tal ese invitado que al fin llega con la explicación de su retraso en la caja preocupada, empujó la mampara, y entró.

De momento (ni se le ocurrió sacarse las gafas) no vio nada, mientras una sensación de frescura se derramaba por su cuerpo. Se arrimó a un lado de la pálida mancha de la pila bautismal para observar, como un turista despistado pero de buena fe, la nave central y los huecos de las capillas laterales, pobladas de quietas y sólidas llamitas como copos amarillos, y el oleaje de los respaldos barnizados de los bancos, casi todos vacíos, pues el cortejo se agrupaba sin distinción de sexos en los primeros, hasta el arrecife del altar, donde ahora el sacerdote estaba leyendo algo con voz rápida. Era como el abogado que, en atención al cliente, y para que no exista la menor duda, repasa el código que ya se sabe de memoria. Y él conocía aquel sacerdote, descubrió lleno de asombro: era, sí, era mosén Planas. ¿Cómo estaba allí el mosén? Y ¿por qué no? Cerrando el libro con un movimiento suave pero enérgico (era como si dijera: a hacer puñetas), el mosén se volvió a la concurrencia y pronunció unas palabras en latín. Hubo un son argentino de campanilla y todos se pusieron en pie.

Desde el último banco, el muchacho vio el muro abigarrado de la gente contemplando algo invisible para él, la consumación de un misterio, algo sagrado que parecía destilarse en el silencio gota a gota, ahora ratificado por laterales fogonazos de magnesio como por los rayos de Jehová. Y, de pronto, unas voces dulcísimas se derramaron sobre su cabeza mientras las notas de un órgano ignorado, situado encima suyo, surcaban el espacio hasta el altar para perderse majestuosas en lo alto, hacia los vitrales llameantes del cimborio. Y otra vez aquella visión intemporal, la catártica imagen del invernadero, destelló una fracción de segundo en su conciencia, y se apagó. Tan bruscamente como había empezado, el canto se interrumpió, y él, como despertando, miró abajo. La ceremonia había terminado, y ahora se formaban grupitos que se felicitaban mutuamente. Unas niñas invadían el altar mientras el monaguillo retiraba unas vinajeras de la mesa, y el mosén hablaba aparte con el padre. El salió el primero y quedó afuera, arremado al muro, frente una masa de vecinos y curiosos que aguardaban la salida de la novia y al aparecer ésta en la entrada, del brazo de aquel que era su marido, hubo un rumor de expectación. El marido era un hombre joven pero como apabullado por el acto, envejecido por dos mil años de liturgia o una disipada despedida de soltero, peinado a lo arriba española y el bigotito recortado, desmedrado junto al blanco capullo, la gigantesca crisálida

nupcial; y mientras ambos corrían al cupé sin dar tiempo a los mirones a estudiar las posibilidades de la novia bajo la vaporosa museлина, a participar de algún modo ellos también de aquella doncellez que iba a extinguirse debidamente autorizada documentada registrada, servida para su desfloración con certificado eclesiástico, nihil obstat, viólese (mucho plato para tan poca cuchara, oyó una voz burlona y envidiosa, apuntando a las nalgas de la novia, sobresalientes al entrar en el coche), el fotógrafo sacaba rápidamente fotos, serio, concentrado en su trabajo, dueño ya de la situación, solicitando, educado y tiránico, a las demás parejas del cortejo que aparecían como olas sucesivas en la puerta, que se agruparan más, quietos, un momento. Así fue que volvió a verla del brazo de aquel tipo a quien ya odiaba, total y parcialmente, por ser no sólo su rival sino su opuesto: alto, bien plantado, musculoso, y con un aire resuelto de bribón simpático y viril; una cara de bulldog (atractiva sin embargo) que respiraba franqueza y egoísmo, que no engañaba a nadie, a las mujeres mucho menos, precisamente en el momento de engañarlas. Era su antípoda, sí, y con gusto él hubiera colocado un balazo en la frente de su antípoda. Oh Paco, Paco, oyó decirle ella como si le dijera una cosa bien distinta. Y su risa, demasiado alta (pensó él) para que fuera sincera, estalló en respuesta a algo que Paco le habría dicho, o quizá preparando de ese modo su expresión ante el fotó-

grafo, que, en efecto, con la determinación de un policía disolviendo un grupo subversivo, disparó a pie firme sobre ellos y los barrió a un lado con la mano: los siguientes. Y él tuvo la convicción de haber salido en la foto, una foto que no vería nunca. Su cabeza amputada y empedrada contra el muro, la cara con las gafas negras, abombadas, reflectantes, como el caparazón de los insectos, asomando sobre el hombro de ella, formando ya parte de ella, archivada con otros sucesos felices o triviales en el álbum donde todos, familiares y amigos, jóvenes y viejos, podrían ser identificados, comprobando el paso de los años en cada uno, con risas para aquellos ya crecidos y un suspiro para los que se fueron: sí, ya ves. Sólo su cara detenida, sin edad, sin referencia, en una esquina de la foto. ¿Y éste?, preguntaría con el tiempo una hija de ella y de Paco (porque se casarían, lo sabía, dentro de esa especie de gnosis, de omnisciencia en todo lo relativo a la muchacha), y huy, no sé, respondería ella, sin mirarle apenas, ni aun entonces: no lo conozco, alguno del barrio. Y eso sería todo. Mientras, ambos se habían mezclado entre el gentío, ella besaba a la madre, todos hablaban y parecían muy felices, y de repente aquel brillante guirigay se evaporó en coches y taxis y él volvió a encontrarse solo. En la torre, el reloj seguía marcando la misma hora: un tiempo inmóvil. Y ahora, sí; ahora todo había terminado.

Con una sensación de acabamiento, siguió a distancia los restos rezagados del cortejo, aquellos que iban pian, piano al convite, cada vez más lentamente, hasta perderlos de vista, y se detuvo al fin, desorientado. Estaba como al principio, en lo alto de una escalera. Contempló con estupor un letrero desvaído pero aún legible en la fachada de un almacén de aspecto ruinoso, puertas y ventanas atrancadas:

CNT MADERA SOCIALIZADA AIT
TALLER CONFEDERAL

leyó. De las casas salía un olor a comida, y la calle, cuya oblicuidad no permitía ver el Paralelo, aparecía desierta. ¿Qué hora es?, oyó preguntar a alguien, como un eco de su propio pensamiento. La una, la una, respondieron agudas otras voces, cercanas e invisibles. El flanco superior de la calle no estaba edificado y a partir de la acera empezaba la montaña, rala y parda, jalonada con montones de cascotes y basura. Próximas, a su derecha, surgían las grises cúpulas del Palacio Nacional, rematadas por sus belvederes, y a la izquierda distinguió el Teatro Griego y un murallón sombrío que era la parte posterior de la Piscina, con un merendero al pie ostentando un anuncio de Pepsi-Cola. Inmensa y vacía, la mañana le rodeaba con sus puertas invisibles. Y aquella sombra que, pese a la luminosidad del cielo, estaba gravitando encima

suyo todo el tiempo, era (sabía) la conciencia del pecado, su noción de estar en culpa. Subiendo por la carretera del Castillo, bordeada de barracas, solitarias a esa hora y como agazapadas en sí mismas en latente peligrosidad, la pistola golpeando su pecho a cada paso, explicó a alguien invisible: de repente, me encontré mal, vomité, volví a mi casa... Y en verdad se encontraba mal; desfallecido, mareado. Me asusté (siguió explicando), pero ya estoy mejor; lo siento. Oía ya las descargas del Tiro Nacional, procedentes de un enorme barracón como asolado por violentas ráfagas que golpeasen puertas y ventanas mal cerradas, y optó por cruzar una cancela que le dejó en la emisora de radio, un palacete de pintura desconchada situado ante un fresco parterre con dos estatuas blancas correspondidas. Bajó unas gradas y salió a una ancha cinta de asfalto bordeando el mirador, y que cruzó para sentarse en el pretil. De un restaurante próximo llegaba un delicioso olor a pollo asado impregnando el ambiente. Contempló la ciudad con aire estúpido, como un pergamino desenrollado ante él y sujeto aquí mismo por las tres chimeneas del carbón, y al otro extremo, en el horizonte lejísimo (espectrales en un fondo neblinoso donde se confundía mar y cielo), por los gasómetros del Pueblo Nuevo; un pergamino incomprensible, con falsos signos -aquí y allá- identificables, agujas y torres jeroglíficas, edificios descollantes, pero siempre un palimp-

sesto misterioso que proponía lecturas diversas. Oía el fragor del tránsito en el paseo de Colón, en torno al ahusado monumento que dividía la circulación en dos sentidos y, tras el negro edificio de la Aduana, vio asomar los tinglados, el casco negro y los mástiles de un barco y una superficie de agua gris de consistencia aparentemente sólida, una llanura arada en ese momento por una golondrina rumbo al Rompeolas y, al fondo de la Barceloneta, entre barcas y vapores de carga, vio la torre de San Sebastián, con la barquilla del transbordador anidada en su alveolo superior, como un pájaro herido, ¿cuánto tiempo llevaría allí, sin funcionar?, quizá de antes de la guerra, y siguió el cable hasta la torre siguiente, la de San Jaime, desde donde se prolongaba hasta aquí para hundirse en una tronera practicada en la montaña, en la base del restaurante. El olor le atraía más y más y finalmente retrocedió hasta situarse frente a la parrilla, una tumularia construcción de hierro y obra donde se doraban varios pollos ensartados en los espetones. La grasa que rezumaba de su piel, de un brillante color oro fundido (más oscuro en las partes ya rustidas), chirriaba al gotear sobre las brasas. Y también era delicioso aquel chirrido. Los pollos iban girando lentamente sobre el negro firmamento de la plancha y ese movimiento rotatorio, unido al chirrido y al olor, encandilaba al muchacho, que sonreía, olvidado de todo, a una lejana punzada en su

estómago, a un recuerdo... Sí había sido en otra parrilla al aire libre en una callejuela adyacente a las Ramblas, donde él había visto a un mendigo de ojos lúbricos (pero quizá abri-llantados por el hambre) apoderarse de uno de los pollos arrancándolo del hierro y huir con su presa calle abajo: gritaba el hombre, abrasadas las manos por la grasa derretida, y arrojaba el pollo en alto para volver a recogerlo sin dejar de aullar, pero tampoco sin soltarlo..., hasta advertir de pronto que a su lado había alguien, sin duda salido del bar, observándole con severidad. La impresión era que fragancia y música pertenecían también a la empresa, y se apartó antes de que le llamaran la atención para desandar todo el camino y regresar al punto de partida. Volvió a ver las cúpulas asomando entre los árboles y, luego de cruzar unos pilares cuarteados que le indicaron que volvía a estar dentro del recinto, salió a una curva de la carretera. Unos niños se deslizaban desde lo alto subidos a una tabla colocada sobre tres cojinetes. Antes de llegar abajo, volcaron y rodaron por la cuneta, con gritos excitados, y él vio en sus ojos el resplandor de la aventura. Pero siguió subiendo, sin detenerse, cada vez más aprisa, como quien llega retrasado a una cita, y así llegó a un grupito de cipreses donde se iniciaba una escalera en zigzag que conducía a otro restaurante. Sí, ahí estaban. Ahí estaba ella.

La boda era como una hermosa hoguera que a distancia calentaba sus manos y su cara.

Alegres gritos llegaban desde arriba, como invitándole a subir, y, solitarias o en parejas, arribaban como él otras personas, jadeantes y felices, que -otros acentos, otras ropas- no parecían pertenecer a la fiesta. Todas subían con determinación y, de pronto, mezclados con aplausos, sonaron los compases de la marcha nupcial y un vozarrón gritó: ¡vivan loz novioz!, y, como impelido, él también remontó la escalera que, sinuosa, le dejó ante una arcada en cuyo frontis campeaba un escudo donde dos gatos negros se enfrentaban erizados, cola en ristre. Dos enormes macetas de azulejos con rododendros floridos encuadraban la puerta, y a la izquierda un arco cubierto daba paso a una escalera de cerámica por la que él, esquivando el bullicio del patio, se introdujo. La escalera terminaba en una terracita con cajas vacías de refrescos y cerveza amontonadas a un lado, desde cuyo antepecho lleno de macetas de geranios divisó el tejado de mayólica verde del mesón y el patio donde la gente, en pie, se apretujaba ante dos mesas cubiertas por manteles blanquísimos que aparecían llenas de platitos. Señoras con peinetas y mantilla y negro bolso colgado del brazo, jovencitas de vestidos estampados tenues como pieles de cebolla (pero neutralizados interiormente por sólidas enaguas almidonadas), y mujeres escotadas que se abanicaban sin cesar, furiosamente, inten-

tando apagar de ese modo el rojizo sarpullido de su busto, se afanaban en torno a los platos picando como gallinas diligentes aceitunas rodajas de salchichón y mortadela anchoas galletitas saladas canapés de paté y mantequilla y, generosas, ofreciéndolos incluso a los que estaban a su lado, generalmente varones, no competibles en velocidad con ellas ni en saber distinguir lo bueno de lo malo, lo caro de lo barato, vamos, vamos insistían (sin dejar de empapuzarse) a sus parejas, viejos con gorra y cabello entrecano o mozos zangolotinos con el martini en la mano, un día es un día, mientras en el mantel, aquí y allá, empezaban a aparecer arrugas, pálidas manchas de vino y semicírculos de vasos. Y camareros de chaqueta roja y pantalón negro, lacito negro con camisa blanca, y servilleta al hombro, pasaban rápidamente entre ambas mesas, la expresión eficiente y reservada, sosteniendo una bandeja.

El lo veía todo desde su posición privilegiada tras los geranios rojos y rosados, sin lograr distinguir lo que buscaba entre el gentío hasta verla en la mesa más apartada con Paco, su destino inevitable. De repente vio al mosén, pequeñito, inmaterial, al lado del padre, aquel a quien el Quimet había llamado Vilaplana, y tuvo entonces la certeza absoluta de que era mosén Planas. Sí, el mosén levantando una rizada galletita en la punta de sus dedos arrugados, como sometidos mucho tiempo a la acción de la lejía, mientras una

novia desconocida, ramo en mano, se dejaba retratar contra un árbol, y sólo entonces él cayó en la cuenta de que eran dos las bodas que allí se celebraban, una catalana y la otra castellana, o andaluza, para qué vamos a ocultarlo: dos grupos que funcionaban juntos, sin mezclarse, pero observándose los unos a los otros con curiosidad y lejanía, como desde compartimientos estancos, desde las ventanillas de dos trenes momentáneamente detenidos en vías opuestas; diferenciados (ahora lo distinguió perfectamente) no ya por la fatal dicotomía lingüística del país sino por otro matiz más sutil, de clase y categoría: mientras una boda era de obreros y albañiles, buena gente pero de pelaje basto (lo que se notaba en su forma de hablar y sobre todo de reírse), la otra, la *suya*, era de menestrales y oficinistas, de tenderos, gente en fin de rostro no curtido a la intemperie, sino adobado en esa fatigada amarillez (que suele pasar por distinguida) procurada con una larga permanencia tras el mostrador o ante el pupitre. Y aunque hablaban también en castellano y en castellano se dirigían al servicio, algo, un airecillo subrepticio, independiente, circulaba y rumoraba entre ellos, palabras sueltas y frases de un lenguaje roto y clandestino violando de modo flagrante la consigna de hablar todos en el idioma del Imperio. También él era observado por ambos grupos, sin saber a cuál de ellos pertenecía, y a esa confusión seguramente era debido que no hubiera sido aún in-

terpelado por algún camarero. Pero fue la presencia del mosén que lo atemorizó y le hizo retirarse de mala gana al congregarse en torno a su figura ensotanada (lúgubre pero consoladora en cierto modo, detentadora de una piedad irrecusable) los fantasmas del trabajo; y vio a Colas, al encargado y Josefina, y vio sobre todo al señor Lluís, que, desde el centro del patio, sin sacar las manos del bolsillo, asomando entre su chaqueta remangada las puntas del ortopédico chaleco, le llamaba hijo de puta. Comprendiendo que no podía quedarse allí mucho más tiempo, bajó de su observatorio, recogió del suelo una cartulina beige con la huella de un tacón impresa encima, que guardó sin mirar en un bolsillo, y estaba descendiendo la escalera cuando la gente, asomándose a la balaustrada, comenzó a aplaudir brazos en alto, la marcha nupcial sonó de nuevo en la gramola y alguien vociferó: ¡vivan els nuvis! Detenido en mitad de la escalera con una peculiar sensación de irrealidad (era como si ya hubiese vivido aquel instante), vio el largo coche que se había deslizado silenciosamente en el arcén y al chófer saltar del asiento para abrir la puerta gorra en mano y los novios (la pareja conocida) descender vitoreados desde arriba. Mientras la novia comenzaba a subir recogiendo la cola del vestido, el novio se detuvo un instante para invitar al chófer a subir, a picar algo, por lo menos tómese un vermut. Pero entonces sucedió algo extraño: ya el chófer, con falsas

carantoñas de renuncia, se disponía a aceptar, como usted quiera, cuando lo vio a él allí parado, en el rellano, lo reconoció en el acto y, ahora sí, una mueca de alarma vivísima desencajó su cara mientras en cada uno de sus ojos se radiografiaba una pistola diminuta. Por un momento pareció a punto de hacer un par de cosas contradictorias: tirarse al suelo y avisar al novio (pero avisarle ¿de qué?). En seguida, balbuceó unas palabras, subió al coche y, no dando tiempo al novio de asombrarse, arrancó sin cerrar la portezuela. Todo sucedió en unos segundos. De la curva llegó un chirrido de neumáticos. El otro se encogió de hombros y a su vez miró al muchacho con expresión de preguntar: ¿qué ha pasado? Pero éste le cedió el paso sin mirarle, concentrada toda su atención en la imagen que se abría ante él, al otro lado de la carretera, una imagen amarilla flanqueada por dos árboles de raíces gigantescas que sobresalían de la tierra. Como si todos los pasos, idas y venidas, casualidades y sorpresas de aquella mañana acumulativa hubieran servido sólo para empujarle hasta allí, atravesó el asfalto y el espacio entre los dos ombúes, y entró en el invernadero, consciente de haber llegado no al fin de su viaje sino al centro matemático del laberinto.

Sí; aquí estaba el invernadero. Era un lugar más bien triste, descolorido, reducido: se parecía a la imagen destellante en su memoria como una mala copia a un cuadro célebre. No había nadie. Como si hubieran corrido un velo bajo el cielo, el día se hizo fúnebre. Habían unos bancos frente al estanque, bancos de horizontales barrotes de madera y descascarillada pintura verde. Y el estanque no era oval, sino redondo; nada de plantas acuáticas flotando en la superficie, sólo un palmo de agua cenagosa que permitía ver el fondo. Lo ceñía un paso circular como una ajorca y, detrás, se levantaba lo que era propiamente el invernadero: una construcción ligera en forma de semicírculo y paredes de un ocre anaranjado, desteñidas, con una sucesión de ventanas en arco cerradas con listones entrecruzados. Al acercarse para mirar el interior vio un espacio de paredes desnudas -el techo no existía-, con el suelo sembrado de cascotes y maleza y en un rincón unas macetas, rotas, conteniendo aún plantas momificadas. Se sentó en uno de los bancos. Con la cara entre las manos, los codos en las rodillas, permaneció allí largo rato, como buscando en el suelo arenoso la huella de un pie infantil. Porque él había estado allí, en un tiempo remoto, con su padre, de eso no le cabía la menor duda. El por qué había retenido aquella imagen lo ignoraba. Al levantar la vista vio en el cielo (que quizás era el cielo de su infancia) un objeto insólito, la luna, un

delgado semicírculo casi desleído en el pálido azul, y se interrogó maquinalmente: pero ¿quién cono le mandaba subirse al camión? Y la intrusión de aquel taco en la frase le sonó a mayoría de edad. Aquella muerte demasiado heroica de su padre, que no encajaba en el rompecabezas de su vida. En cambio la de Ángel Trasovares, su tío político (él sí de la CNT, lo recordaba pistolón al cinto y correa en bandolera), había sido una muerte anodina, intrascendente, en cierto modo intercambiable con la otra: una tarde, Ángel Trasovares, al regresar aún con luz diurna de la obra (era verano, como ahora), dejó la fiambarrera en la cocina y dijo a su mujer: estoy cansado. Recuéstate un poquico, le pidió tía Felisa: esto no es nada. Te hago una taza de yerbas. Y cuando entró en la alcoba con la tisana lo encontró muerto. Sí, había muerto la vida de su padre, como éste vivido su muerte. Muerte, vida. El sol daba directamente en su cabeza y lo miró hasta que sus ojos lagrimearon tras las gafas. Una somnolencia le invadió. Se recostó en el banco y sentía aquel objeto duro, su legado, interpuesto en el pecho y la madera. No dormía, no pensaba en nada. Pero veía, como observada por el lado de reducción de unos prismáticos, aquella imagen premonitoria fija, estable, luminosa y lejanísima, situada en un tiempo y lugar inaccesibles, y a la vez no perdía conciencia de estar precisamente en aquel sitio. No supo el tiempo que permaneció así. De pronto, un

grito le sobresaltó, un grito penetrante, desgarrador, que le hizo ponerse en pie como un autómatas y mirar en torno suyo: era tan sólo la histérica advertencia de una madre a una niñita para que no cruzase la carretera. Conmocionado aún, volvió a sentarse. La cabeza le zumbaba. El sol había cruzado la cima de los árboles y del entorno apaciguado le llegó la humedad de las plantas. La gramola desgranó voluminosa el primer baile. El muchacho sintió que, en su estómago, aquella punzante sensación se agrandaba y definía como hambre devoradora. Enervado, hurgó sin encontrar nada en sus bolsillos, aparte la cartulina. Uno de ellos tenía el forro agujereado y, al fondo, en el reborde de la chaqueta, se había ido acumulando algo que él extrajo cuidadosamente con los dedos y fue juntando en la palma de una mano: era broza, migas secas de pan, cascarras de cacahuete con varias semillas intactas, que masticó indiferentemente, todo junto. La cartulina era la minuta del convite (de una u otra boda), y leyó, sin apenas entender lo que leía:

Surtido entremeses de fiambres variados
Arroz paella a la valenciana, o
Canalones a la Rossini, gratulados
Filetes de lenguado o Calamares a la
romana con mayonesa Pollo reina del
Prat, dorado con patatitas rizadas Pastel
nupcial

Macedonia de frutas al Kirsch
Helados biscuit glacé Café
moka, concentrado Licores
variados

Aquellos renglones irregulares como versos le sonaban asimismo a música (¿no había oído cantar un menú en la radio de tía Felisa?), y el muchacho sacó la cartera y se puso a contar su capital con parsimonia, dos billetes de duro, cuatro pesetas y calderilla suelta, además de la ficha: en total quince pesetas, era rico. Esa prepotencia le hizo mirar con serenidad el restaurante, ponerse en pie y sacudir sus pantalones de migajas. Antes, cuando investigó la carretera, había visto a los novios bajar con disimulo de ladrones la escalera que él subía ahora y huir en el anonimato de un taxi. Pero ella, ¿estaría arriba?

Arriba, en el patio desierto, un camarero retiraba el mantel de una de las mesas formando con sus cuatro puntas una bolsa donde se juntaban huesos de aceituna con restos aún comestibles. Ignorándolo, él se dirigió al bar del interior, frente a cuya barra solitaria, de mayólica verde como el tejado, filas de vasos y columnas de platos se acumulaban sobre una mesita. ¿Adonde va?, quiso saber el camarero que se corporeizó de repente ante él, y a su vez él preguntó: ¿tienen teléfono? Sin hablar ya, el otro señaló vagamente el pasillo trepidante de música, un cajón en el cual él penetró por inercia (el teléfono estaba en la pared) y por inercia insertó la ficha en la ranura marcando el único número que sabía de memoria. Mientras el teléfono sonaba y sonaba, él, aguardando con ansia la rociada patronal (aquella pócima que le convertía en Mr. Hyde), observó al fondo dos puertecitas contiguas en una de las cuales figuraba, sobre un rectángulo negro, la silueta blanca de una damisela con sombrilla y polisón y en la otra un caballero de levita apoyado en un junquillo. El lavabo de los caballeros se hallaba entornado y una arista de luz azulada acentuaba la penumbra del pasillo. Dos puertas correspondientes en las paredes laterales, ambas cerradas y de cristales pequeñitos, parecían albergar a las dos bodas, rumorosas como colmenas rivales. *Ay que tío, ay que tío, qué puyazo le ha metió*, le llegó de la de enfrente, y luego el sonsonete de una voz aguardentosa:

*Derriban el Barrio Chino y yo
opongo mis razones: si echan
el Distrito Quinto ¿dónde van
los mari...?*

Ay que tío, ay que tío, recomenzó el coro femenino, mezclado ahora con risas y chillidos, mientras él recogía la ficha y marcaba de nuevo. Ahora, de la puerta al lado del teléfono emergió una lánguida voz amplificadora asegurando: *te juro que es nuestro amor tan puro que nadie habrá en el mundo que pueda separarnos.* Absorto en la caricia abrumadora de aquella voz afeminada y gigantesca que prevalecía sobre mil ruidos parásitos reavivando la nostalgia dolorosa (¿o seguía siendo el hambre?) de algo irreparable, inexpressable, un sentimiento de inocencia perdida, no advirtió unos golpes producidos al otro lado de la línea (era como si alguien inexperto hubiese dejado caer el auricular al levantarlo y ahora éste colgara del cable, rozando la pared en su vaivén, pero con la comunicación establecida) y que una voz de mujer le estaba hablando, la voz de Lola al fin, la voz de Lola, el bisílabo hecho carne. Oiga, oiga, susurraba la mujer (su voz iba y venía, pendular), ¿es usted?, oyó mezclada a la canción (una voz dura y perfilada, castellana, ligeramente hombruna, como suena en oídos catalanes el tono mesetario): *ni odios, ni celos y rencores, ni tristes sinsabores podrían separarnos, ¿eres tú?, rectificó rápida-*

mente, como si hubiese oído la respiración agazapada al fondo del receptor y eso bastase ya para el tuteo, ¿tú eres... que llama siempre, no? *Te ruego que me escuches tan sólo un momento* por favor, no llames más *por bien de los dos.* A mí no me molesta pero a él ...pone muy nervioso. *Te ruego que no olvides lo que guardo dentro de mi corazón.* Yo... para vivir, ¿entiendes? Y prefiero hacer lo que hago antes que... un asilo con las monjas. Verás, cuando lo del frente, creí morir, pero a todo... una. Yo estaba en las Tapias cuando él me retiró. De allí es que me conoces, ¿verdad, majo? Si te tengo fichado, sé quien eres *tus sueños son los sueños que me acercan más a ti.* Pero ahora no podría volver allá, no quieren fenómenos, y yo no quiero que me cuiden esas zorras te lo juro, antes me voy a un circo. Déjalo en paz, monín, te lo suplico. ¿Por qué no me respondes? *No quiero que otros labios por celos y resabios* y encima está celoso de ti, ¿no te jode? Me amenaza con cambiarme por una muda que frecuenta el Grill Room. A saber lo que le harás a éste, me regaña, cuando yo sólo puedo hacer una cosa, cariñito; plato único. ¡Olvídalo, ricura! No quiero ir con las monjitas. Ahí, ahí es donde irás a parar, me dice él, como ese andova te siga llamando. ¡A la mierda, las monjitas! ¡Que se la chupen a Dios vivo, como yo hago! Mira, ¡déjalo! ¿Cómo voy a ganarme la vida, si él me deja? ¿No querrás que vaya a fregar pisos con los brazos amputados? (A

medida que se estabilizaba el aparato, la voz se había ido encrespando, fosca, apasionada, más allá de la tristeza y de la muerte, a la inversa de él, que, golpeado por aquella historia inverosímil como la vida misma, se apoyaba contra la pared cual un boxeador seminoqueado en las cuerdas del ring que no acierta a cubrirse la cara, de pronto enorme y esponjosa como una almohada; se curvaba hacia delante resbalando poco a poco al suelo sin dejar el teléfono de una mano ni de apretarse, al borde del vómito, el estómago con la otra.) Pero a él le gusto así ¿comprendes?, oyó aún. Me llama su venus del Nilo. Y no es tan malo, de veras, amor mío, ese cerdo burgués capitalista no es tan m-malo, acabó la mujer como llorando: *bien sabes que en mi vida jamás había querido como te adoro a ti*. Perdóname, señora, logró él articular. Y nada más decir esto la ficha cayó dentro, irrecuperable, y él se sintió momentáneamente liberado. Colgó y se encontró ante mosén Planas.

Lo primero que notó fue el viciado olor a caramelos del mosén (que salía del lavabo tras haberse despedido de la boda), y humilló convulsivamente la cabeza, tanto para evitar ser reconocido como para esquivar la bocanada. ¿Se encuentra mal?, le preguntó el mosén, interpretando mal el gesto. Espere, no haga eso aquí (le puso una mano sobre el hombro en un ademán que le hizo recordar aquel instante, años atrás, cuando le comunicó la buena nueva del empleo); venga, venga. El lavabo brillaba al fondo del pasillo en un ampo de luz porciuncular. Era como si lo arrastrase a la sacristía, desde el altar apagado, como entonces, para que se confesara: cuando se ha comido demasiado, lo mejor... Una basca del muchacho le hizo dar un saltito lateral al tiempo de ceñirse la sotana. El pecado de la gula, dijo, guiñando sus ojillos alternativamente perspicaces y cegatos, mientras los mil pliegues de su cara desteñida se desdoblaban para sonreír como una pieza de ropa aplastada por la pala, es el más fácil de perdonar en estos tiempos. La verdad es... Pero, dejándolo en la puerta (sin decir qué fuera la verdad), le ofreció un caramelo de menta envuelto en un papelito retorcido por los dos extremos: tome, le vendrá bien *después*. ¿Quiere que llame a los suyos? Le confundía con los de la boda (no le había pues reconocido) y él apenas pudo negar con la cabeza y corrió para abocarse sobre la taza del water, sacudido por una ardiente arcada.

Escupió bilis, un hilo de baba transparente veteados de sangre, pero no llegó a vomitar nada. Permaneció un instante respirando el olor a zotal de las baldosas y oyendo un chorrito de agua. Se limpiaba la boca con la manga cuando entraron dos personas y se acercaron con determinación al urinario. Mientras se enjabonaba las manos aprovechando el hilillo del grifo mal cerrado, pudo verlos a través del espejo, de espaldas, arremado cada uno a un alvéolo. Eran Paco y un tipo bajito, de pelo rizado. A estas horas, comentó Paco, expeliendo un pesado chorro de orín que gorgoteaba en el desagüe, ya deben estar jodiendo. No le envidio, dijo con sinceridad Pelo Rizado, a mí me gustan ya estrenadas, la verdad. Quizás ésa lo esté ya, dijo Paco con voz modesta y un tantico misteriosa, como hablando por decir o sin querer. Ah, dijo Pelo Rizado, sacudiendo las últimas gotas antes de introducir el miembro en la bragueta: eso podría hacer suponer muchas cosas. Podría, dijo cuidadosamente Paco, pero sólo dice una. Y esa cosa está dicha entre hombres. Claro, claro, confirmó inmediatamente el otro, por supuesto. Y añadió: aquí estamos entre hombres. Y en certificación de eso miró al tipo de gafas oscuras que se aclaraba con parsimonia las manos (y que debía ser, además de ciego, sordo, pues no advirtió, o desdeñó, la mirada), mientras se situaba ante el otro lavabo. Los dos tenían la cara enrojecida y sus ojos brillaban como cristales.

Y a ti cómo te va con..., el estallido del grifo al ser abierto ahogó la frase. Psé, se hace mu... (el chorro explotó de nuevo contra la loza) estrecha. La tienes empuñada, desde luego, dijo con cierta satisfacción Pelo Rizado: ahora se iba con unos, te ha plantado. Por mí, que se vaya a la mierda, dijo Paco: en las bodas siempre pasan esas cosas. Se te cabrean por nada. Es natural, dijo el otro, erupcionando; piensan en la novia. Paco Sureda se colocó un momento ante el espejo para enderezarse la corbata, locas, que son unas locas, y a su vez echó un vistazo al muchacho que estiraba la toalla de argolla para secarse las manos, aquella cara le sonaba a conocida. Bueno, ¿vamos?, dijo al otro. Y ambos salieron con sus caras flamígeras a zambullirse de nuevo en la fiesta dejando tras ellos, como ciertos ectoplasmas, la nubecilla de sus deyecciones, mientras él, luego de beber un sorbo de agua fresca con las manos, los seguía (se habían dejado la puerta del salón de par en par) y el espectáculo que contempló lo dejó atónito, sin capacidad de reaccionar.

Era una sala amplia, abovedada, con una araña colgando en cada arco (todas encendidas, pese a la hora, y duplicadas en un espejo del fondo), donde, ante seis ventanales encristalados que debían dar a un jardín posterior, se prolongaba una mesa en forma de L sobre la que aún se veían servilletas arrugadas, platos de postre con porciones de pastel nupcial y cucharillas embadurnadas, copitas con culos

de chartreuse o aromas de Montserrat, y flores, muchas flores esparcidas -que las chicas recogían o cortaban para colocar en sus cabellos o su escote-, así como ringleras de botellas de agua mineral, omnipresentes, como un ejército salvador llegado a tiempo (siempre hay un imbécil que la pide y los demás siguen inmediatamente, haciendo así crecer la cuenta de los extras) para impedir ardores y acideces. Como si la partida del mosén los hubiera liberado de una última atadura, todos, jóvenes y viejos, en alegre comunión tribal y con el rostro tan enrojecido como la pareja del lavabo, se disponían con ágil premeditación a divertirse. Y nadie parecía advertir su presencia.

Le pareció al muchacho que el lapso de tiempo transcurrido en el invernadero -un sueño inmóvil-, aquí enormemente acelerado, había hecho irreconocibles las personas situándolas en un tramo muy adelantado del camino, un punto de maduración tras el cual empezaría fatalmente la decadencia, la caída; pero dotadas -en aquel instante- de una luminosidad casi diabólica en sus caras chamuscadas y tornasoladas por un incendio subterráneo. Mientras los hombres se movían diligentes empujando la mesa general, que, compuesta de una serie de mesitas unidas por los manteles, se dislocaba quebrándose en islotes, hasta quedar arrimada bajo los ventanales, las señoras, luego de apoderarse de las sillas y volverlas cara a la sala, contra el muro, se habían aposentado en ellas firmemente, como en palco, y ancladas a sus monederos (que Dios sabe qué tesoros contenían) se disponían a disfrutar sin participar del espectáculo. Ahora les toca a los jóvenes, parecían decirse unas a otras: nosotras ya..., dejando entrever en ese ya, en las inflexiones con que era pronunciado, todo un mundo de posibilidades. Algunas parejas se aventuraban por la improvisada pista -la gramola desgranaba un nuevo fox de Rafael Medina-, entre ellas Paco con una rubita esplendorosa, así pues ¿no bailaba con ella? ¿era verdad lo del enfado?, cuando, sin tener tiempo de asombrarse, la vio avanzar acompañada de dos jóvenes y despedirse de la madre, arrellenada en

una silla próxima a la puerta (lástima, oyó, tan animado todo ¿y se iban a Los Vieneses? Lo sentían mucho, sí, tenían ya tomadas las entradas), cruzar los-tres bajo el dintel donde él estaba y desprenderse de la pulpa de la boda.

Y ahora ella volvía a ser suya. Sólo suya. Había seguido al trío hasta el Paralelo con el trote cansino del chuchó que no sabe desligarse del amo, oyendo sus voces y risas (bajaban cogidos del brace, los dos jóvenes dejándola enmedio y trenzando pasos de baile sin soltarla), uno proponiendo ir al Apolo o mejor a la Paloma y el otro entonando la canción de Marieta, mientras ella reía demasiado, quizás algo borrachita, agitando con la mano una flor blanca como su propia adjudicable doncellez. Pero ante el Español se puso serio, que no se hicieran ilusiones, recobró su compostura de catalaneta organizada, se marchaba (entonces lo de la revista era una excusa), se ajustó el chal sobre los hombros y, riendo todavía, los golpeó uno tras otro con la flor, ya le dirían qué tal estaba la Raquel Meller, pobrecita, para dejarlos plantados en la cola y tomar, solitaria, el tranvía. Volvían a estar como al principio. El respiró con alivio entre la laxitud que le invadía. Dos, dijo con naturalidad al cobrador señalando hacia el pasillo, la del sombrero (porque llevaba puesta la pamea, bien por abandono, por cansancio, o porque estando ajada no mereciese protección), y forcejeó en la plataforma para si-

tuarse cerca de ella. El tranvía como de costumbre iba atestado. La gente volvía del trabajo. Aproximadamente era la hora en que él salía del suyo y cuando el coche pasó la parada donde solía tomarlo tuvo la sensación tranquilizante de reinsertarse en la rutina cotidiana. Era como si hasta ahora hubiese marchado a contrapelo en el tejido de la vida erizando a su paso una serie de acontecimientos diminutos, dolorosos como espinas, y de pronto volviera a resbalar por el lado suave y ordenado de la tela. Sólo aquel largo día inexplicable detrás suyo, vacío como un fantasma. Ella se sujetaba en la manilla de alpaca enmohecida de un respaldo y había colocado la gardenia en su busto. La gente no la miraba como a la ida; toda ojos hostiles, fatigada, se observaba con aire reservado y agresivo. A su lado, agarrado a otra manilla (era más alta que él, le pasaba la cabeza, y sin duda más pesada y maciza, un cuerpo acorazado junto al suyo, esponjoso como de papel secante), e invadido de voluptuosidad y de una suerte de terror sagrado, el muchacho contempló la flor injertada entre los senos y mecida por un oleaje poderoso, y la textura granulada de la piel aquí y allá perlada de brillantes gotitas, y percibió mezclado a su perfume el emocionante olor de sus axilas, un olor amargo y vegetal que le llegaba desde oscuras selvas y que él aspiró profundamente para acumular en sus pulmones algo de ella en la atmósfera corrupta, algo precioso, cons-

ciente de una floja pero dulcísima erección. Se daba cuenta a la vez de la marchite? irremediable de aquel cuerpo, de la pintura corrida de su cara, las arrugas del vestido, del chal con los bordes sucios y de los guantes de perlé, un manojito de dedos exhaustos y mugrientos que seguía oprimiendo en la mano, pero todo eso la hacía más deseable, la acercaba más a él y, con el corazón acelerado, movía un pie para que su pantalón rozase la fimbria de la falda anaranjada cuando ella alargó en su dirección una peseta rubia nuevecita. Ya está servida, gruñó el cobrador a sus espaldas abriéndose hueco entre la masa con su ventruda cartera en bandolera, billetes por favor, y durante un momento él asumió la vertiginosa idea de aquel hombre haciéndose paso todo el día de este modo, siempre a empujones y codazos, entre espaldas sudadas vientres flaccidos, como si la vida fuera un sitio muy angosto, vociferante, maloliente, hasta caer a la noche en la cama -seguramente sin quitarse la cartera- contra la flaccidez flatulenta de su cónyuge, mientras ella, perpleja, mantenía en alto la moneda a un palmo escaso de los ojos de él como una reducida hostia dorada (*por la gracia de Dios*, pudo leer estupefacto orlando la efigie del Caudillo), hasta que, dejando de mirar al cobrador, observó los dedos del muchacho en la manilla sosteniendo delatoramente dos billetes, y el gesto instintivo de él tratando de ocultarlos.

Al instante él vio formarse una arruga vertical en la frente nacarada mientras sonaba una campanilla en su interior, como de alarma en una joyería, indicando que el dispositivo de defensa de la joven se había puesto en marcha. Con la extraña acuidad con que captaba el significado de sus gestos, aun de aquellos no expresados, intuyó que una serie de fotos se revelaban y superponían en aquella mente, todas arrojando un saldo sórdido, el mismo repugnante resultado, él sujetando los varales del carro, él ante la puerta de la iglesia, él parado en la sala del convite, en todas partes, y que una imagen acumulativa, degradante, penetraba en su conciencia y al fin lo recordaba y lo veía, existía para ella.

Sí, *existía*, era su preocupación. Porque ahora lo miraba rectamente, con dureza (mientras él fingía no advertirla), preguntándose quién era y qué demonios hacía pegado a ella todo el día. Lo miraba como miramos un insecto caído sobre la ropa antes de rechazarlo de un manotazo. Pero, con todo, el resol de su mirada, cayendo de una fuente celestial, era tan dulce, que una sensación de arrobo, de vergüenza, le invadió. Apropiándose de su campo de visión se observó a sí mismo a través de ella: se vio con su americana de cheviot color mostaza y dibujo de espiguita, aprovechada de su padre y sin embargo algo corta, dejando asomar por las mangas unos puños sucios y raídos, sin gemelos, y el cuello recosido de la camisa ce-

nido por el nudo grasiento de la corbata ridiculamente corta y también del mismo origen (una corbata que no era azul ni roja ni de algún otro color apreciable sino más bien color ala de mosca o forro de urna), y entonces, bien seguro de la impresión que producía su cara llena de granos con puntas blancas de pus, hizo algo insólito, increíble, probablemente el acto más valeroso de su vida. Levantando la cabeza, se sacó las gafas con deliberada lentitud, en una especie de estrip-tís, y miró con la cara desnuda a la muchacha. Mil ideas cruzaron por su mente en aquel intervalo brevísimo (sus ojos empezaron enseguida a lagrimear) y hubiera querido hablarle de aquel osito de trapo a la cabecera de su cama, demostrarle que la conocía bien, oh sí, él la conocía más que nadie, sonrojado, si somos casi amantes, señorita, preguntarle qué ponía el papel escrito tras la puerta, ¿una poesía, una oración? También podía ser unas normas de conducta de Thiamer Toth o del padre Chisari, incluso la carta de un amigo que pongamos cumpliera el servicio en Ifni, cualquier cosa. Pero, no, seguramente eran unas instrucciones de gimnasia cuya primera regla sería hacer ejercicio al acostarse, claro, tonto, ¿cómo no lo pensó antes? Y se acordaba de la novatada que le había gastado Colas durante su iniciación en la limpieza de letrinas, al preguntarle intrigado qué pondría una etiqueta pegada en el interior del water escrita con letra microscópica, y cuando él,

arrodillado ante la loza con la cabeza dentro, había conseguido descifrar

necesitas
comprarte
unas gafas

el enano tiró de la cadena. Sonrió, e instantáneamente se dio cuenta (pese a verla desenfocada y lueña) que ella le tomaba por un idiota y además la ponía nerviosa con su secreta sonrisita fija que daba un brillo de complicidad a sus facciones como si entre ellos hubiera algo, no, Dios mío, cómo podía imaginar, ni tampoco pretendía nada, si él... si ella se hubiera vuelto loca de repente o enardecida por los roces de Paco y el champán le hubiese propuesto qué sé yo, algo imposible... una cita en su cuarto, por ejemplo... aquel cuarto que él espiaba cada noche jugándose la vida... él habría huido en el acto, aterrado. Intentó hacérselo comprender con la mirada e incluso movía ya los labios para explicarlo (envalentonado al distinguirla en medio de una niebla refulgente) cuando un brusco frenazo del tranvía la echó encima suyo. Fue un frenazo en dos fases que devolvió la muchacha a su lugar para volver a precipitarla contra él, como ese temblor premonitorio antes de manifestarse el verdadero terremoto. En el primer temblor el muslo de ella chocó contra su miembro semi erecto y lo aplastó sobre el vientre, y en el segundo embate de mayor

magnitud (aparte de romperle las gafas que mantenía abiertas en la mano, instintivamente levantada al repeler la agresión) lo recogió en su punto más bajo de caída y lo chafó longitudinalmente, acordeónicamente, con la pelvis, como si fuera ella quien pretendiese penetrarlo. Todo ocurrió de modo sincronizado, un número que para volver a conseguirlo se hubiera necesitado un duro ensayo. Más tarde él analizaría el vaciado de aquel cuerpo en el suyo, la dulzura enguatada de aquel hueso (¿había dicho ella *perdón?*), pero ahora, mientras crecía un rumorero de protesta y de coña general en el tranvía (y en el muchacho una sensación de viva alarma y placer indescriptible), sintió que algo imparable se iniciaba en su organismo y el mundo se deshizo en añicos al sobrevenirle una eyaculación, lenta y pulsátil como la de un perro.

Cuando todo volvió a su sitio en el vehículo, sacudido de un lado a otro como un saco de patatas, él seguía cogido a la manilla y las gafas habían rodado por el suelo. Tardó un rato en agacharse y recuperarlas con dificultad bajo el asiento, entre zapatos de tacones torcidos y una media con carreras. Se había roto una patilla y tres finas grietas cruzaban verticalmente el vidrio como la M de la palma de la mano. Le dolía el esternón, donde se le incrustara la pistola, esa pistola que había acarreado todo el día como un peso baldío, un absceso, el fardo inútil de sus obligaciones y pecados. Ella no estaba pero la adivinó más adelante, con su gélida cara-de-ir-en-tranvía. Cuando descendieron del tranvía las calles ya estaban en sombra pero arriba en el cielo perduraba una luminosidad apaciguada que iba perdiendo rápidamente sentido, como esa idea que nos asalta en el momento de dormirnos y que en vano intentamos apresar. Ella avanzaba sin mirar atrás por las calles plateadas, subiendo y bajando aceras, ondulante el vuelo de su falda, y golpeando ligeramente la rodilla con la pámela; se deslizaba como un barco en el crepúsculo, altas las velas y llenas de rumores, internándose en la nada, y desde oscuros portales los hombres volvían a sisearla (eh, esa de la flor, decían). Ignorándolos, ella reavivaba la gallardía de su paso, mientras él, dentro de su estela, la seguía sin intentar ocultarse pasando ante cubos de basura en los bordillos, con parte de su

contenido por el suelo, y verla entrar en el portal previsto. Era una casa antigua y de más categoría que la suya, una de las pocas casas señoriales que iban. quedando en el barrio, como islotes, entre edificios de reciente construcción. Una gran puerta de hierro encristalada daba a un patio de mármol en cuyo fondo, sobre tres gradas de pared a pared, y albergado tras una reja modernista, se veía el ascensor, reluciente y aérea carroza, no la jaula polvorienta que era el suyo. Si por lo menos su madre hubiera sido la portera de esa casa... Pero, sin entretenerse, siguió adelante y dobló la esquina, apresurado, y corría ya al llegar a casa. Evitando tomar el ascensor (lo último que deseaba en ese instante era una discusión con Juana Amor) subió jadeando hasta el terrado. El candado del cuartito, inviolado, le concedió un respiro pasajero. Se acercó al desagüe urgentemente, lo primero era mear. Meó interminablemente, y sentía los cálidos orines en su mano, con cuya palma se frotaba el glande. Luego entró, arrojó sobre la cama la chaqueta enrollada a la pistola, y volvió a salir. El aire penetró su camisa sudorosa como si estuviera agujereada. Notaba su cuerpo muy ligero. Era demasiado pronto, lo sabía, pero se encaramó al techo y se estiró encima, aplastando una final pegajosidad contra su vientre. Como un globo deshinchado, divisó la luna hacia occidente mostrando una jibosidad, un corazón; pronto disminuiría con mayor rapidez terminando por

desaparecer en el crepúsculo. El cielo estaba oscuro encima suyo y, sin poder contenerse, se deslizó a su puesto de observación.

El cuarto estaba, como siempre, vacío. Sobre la cama, el bolso, la pamelita, los guantes. Vio la gardenia dentro de un vaso de agua, en la mesilla. Y ella tardaba en aparecer, se está duchando, convino él, colgado en la pared como un murciélago, un espíritu impuro, un ángel tenebroso detenido a mitad de su caída hacia la tierra desafiando la ley de gravedad, acechando suspendido en el vacío con ojos velados por celajes de la altura. Pero esta vez ella apareció vestida tal como la había estado viendo todo el día. Se quitó inmediatamente los zapatos y se situó sobre la alfombra. Hurgó bajo su falda con la mano y las medias cayeron a sus pies una tras otra, convertidas en dos montoncitos arrugados, las ligas entreveradas. Ahora el cinturón naranja flameó al volar sobre la cama. Se sacó el vestido por arriba y lo dobló contra el respaldo de la silla. Estaba en combinación. A parcelas, él la iba reconociendo, era cada vez más suya. Pese al latido de su corazón, furioso como un río encajonado, creía percibir el chasquido pegajoso de los desnudos pies sobre el mosaico en el curso de aquella zarabanda, o ceremonia de la demolición. Porque ella caminaba de un lado a otro, enervada, preocupada. Arrugas verticales confluían en sus cejas, pequeños músculos se astillaban en sus piernas. Detrás de la tersura de su frente

el cerebro parecía buscar, relacionar. Era como si tentase una tela de araña, uno de cuyos hilos, sus imperceptibles vibraciones, pudieran llevarle hasta él mismo, denunciarle. Se había sacado el viso y el rosa de los sujetadores, al recordarle su frustrada aventura del burdel, le repugnó en el acto. Pero cuando ella, llevando las manos a la espalda, soltó una presilla y los sostenes, repentinamente flaccidos, cayeron sobre el abdomen como disparados por los senos, él volvió a encontrar en éstos, en su forma candorosa y nutricia, pese a la amoratada erupción de las puntas, el eco de algo emocionante y primigenio, pacífico, perdido en los albores de la infancia, una dulce raíz vibrando en lo más hondo de su entraña. Olvidándose de que estaba, pendiente a cinco pisos de altura, sus ojos, provistos de mirilla telescópica, rastreaban aquel cuerpo que parecía dotado, como los seres de las profundidades abismales, de fosforescencia propia; comprobaba la macicez de las caderas, la elasticidad de las corvas, la dureza túrgida del vientre y el temblor dicotiledóneo de las nalgas, el movimiento en ondas sucesivas de los pechos con el final estremecimiento del pezón, como una olita muriendo en la playa; y descubrían, en un supremo esfuerzo, la rugosa calidad de la epidermis, las marcas infligidas en los muslos por las ligas, los círculos de fuego de los sostenes y el latigazo horizontal, bajo el ombligo, propinado por las bragas, que ahora se estaba

bajando, como si en el curso de la fiesta hubiera sido golpeada flagelada violada. Su sentido de la visión, exacerbado, ayudaba a los otros sentidos, principalmente al olfato, y volvió a sentir distintamente, con el silvestre olor de las axilas, la humedad y tibieza del sexo. Y fue entonces, al quitarse esa prenda y descubrir su parcela más íntima cuando ella, movida por secretas afinidades, miró hacia la negrura, derechamente adonde estaba él, e hizo un movimiento de retroceso maravillosamente expresivo dejando caer las bragas. Por automatismo, él también se echó hacia atrás, y un pie le resbaló de la cornisa. Durante una eternidad se agitó frenéticamente en el vacío, sujeto al garfio, el vértigo zumbando en sus oídos, el muro recorrido por ondulaciones (tal lo veía), próximo a desmoronarse. ¡Ah, cómo tiraba el suicida de sus pies! Abajo, sobre el tejado de uralita, fulguraba un resplandor salvaje, fantasmal. Cuando el muro recobró la rigidez su pie volvía a estar incrustado en la pared, y el zumbido remitía. Sólo habían pasado unos segundos. Tuvo aún fuerzas para mirar a la ventana. Era imposible que le hubiera visto, que viese siquiera la pared desde el interior iluminado. Pero ella, en el centro del cuarto, encogida en su desnudez total, estaba inmóvil como si la noche entera la mirase. Había recogido las bragas del suelo y se tapaba el vello del pubis. Sabía, de algún modo ella *sabía* que la estaba mirando. Quizá la piel sudorosa había dado el alerta, como al

sentir las patas de una mosca repugnante. La vio apartarse reculando hacia la puerta y contornear la habitación hasta llegar a la ventana, que cerró. Lo último que captó fue un brazo relampagueante, un torso apenas entrevisto, cercenado enseguida por la persiana. Se acabó. Tras un esfuerzo agotador pudo conseguir subir al techo y dejarse resbalar del otro lado. Temblaba de pies a cabeza, apoyado en la pared y, poco a poco, fue encojiendo las rodillas para sentarse y luego tumbarse a lo largo del cuartito, con los brazos en cruz. Dios, pensó de pronto. Aquella palabra pareció resonar en su cabeza, no caber en todo el ámbito. ¿Dios?, repitió en voz baja, interrogante, y miró la oscuridad encima suyo donde las estrellas brillaban como pústulas, rezumando una clara malignidad. Le abrumaba una tristeza, una apatía en nada parecida a la enconada rabia que era su estado habitual, y no sólo debida a su agotamiento físico. Triste ¿por qué? Pudo haberse desplomado de lo alto. Y estaba vivo sobre el ladrillo caliente del terrado. Triste, con el cerebro vacío, iba bebiendo una a una las estrellas. Se levantó y buscó bajo el colchón el París-Hollywood y lo partió lentamente en dos pedazos, en cuatro, en ocho, en trocitos cada vez más pequeños que fue arrojando y vio desaparecer pretil abajo, en un revoloteo oscuro. Luego retiró el catre y levantó el ladrillo. Apareció una cavidad rectangular, y él, de rodillas ante aquella tumba pequeñita, prepa-

rando su coartada de mañana (su última excusa de niño para su primer día de hombre), explicó una vez más me sentí enfermo, vomité, mientras cogía del interior de la chaqueta la pistola inútilmente acarreada todo el día. Su sentido de aprovecharlo todo, de que algo al menos no hubiera sido en vano, le hizo apuntarse con el arma y apretar el gatillo. La probabilidad de que el arma funcionase era de una entre mil. Pero, por ese mismo azar que le hace a uno escribir novelas y a otros ganar la lotería, disparó.

Impreso
en los talleres de Diagràfic, S. A.
Constitución, 19
Barcelona, 14